Moreto

EL DESDEN

CON EL DESDEN.

PERSONAS.

Carlos, conde de de Urgel.

El Príncipe de Bearne.

Don Gaston, conde de Fo

Diana, princesa.

Cintia, dama

Laura, dama.

El conde de Barcelona, padre de Diana.

Polilla, criado de Cárlos.

Damas y músicos.

La escena es en la ciudad de Barcelona; y el tra
á la española antígua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.

Yo he de perder el sentido
con tan estraña muger.

Polilla.

Dame tu pena á entender,
señor, por recien venido.
Cuando te hallo en Barcelona
lleno de aplauso y honor,
donde tu heróico valor
todo su pueblo pregona;
cuando sobra á tus victorias
ser Carlos conde de Urgel,
y en el mundo no hay papel
donde se escriban tus glorias;
¿qué causa ha podido haber
de que estés tan mal guisado,
que por mas que la he pensado,
no la puedo comprender?

Carlos.

Polilla, mi desazon
tiene mas naturaleza;
este pesar no es tristeza,
sino desesperacion.

Polilla.

¿Desesperacion? Señor;
que te enfrenes te aconsejo,
que tiras algo á bermejo.

Carlos.

No burles de mi dolor.

Polilla.

¿Yo burlar? Esto es templarte;
mas tu desesperacion,
¿qué tanta es á esta sazon?

Carlos.

La mayor.

Polilla.

¿Cosa de ahorcarte?
que si no poco te ahoga.

Carlos.

No te burles, que me enfado.

Polilla.

¿Pues si estás desesperado,
hago mal en darte soga?

Carlos.

Si dejáras tu locura,
mi mal te comunicára,
porque la agudeza rara
de tu ingenio me asegura,
que algun medio discurriera,
como otras veces me has dado,
con que alivie mi cuidado.

Polilla.

Pues, señor, polilla fuera;
desembucha tu pasion,
y no tenga tu cuidado,
teniéndola en tu criado,
polilla en el corazon.

Carlos.

Ya sabes que á Barcelona,
del ocio de mis estados,
me trajeron los cuidados
de la fama que pregona
de Diana la hermosura,
de esta corona heredera,
en quien, la dicha que espera,
tanto príncipe procura,
compitiendo en un deseo
gala, brio y discrecion.

Polilla.

Ya sé, que sin pretension
viniste á este galanteo,
por lucir la bizarría
de tus heroicos blasones,
y que en todas las acciones,
siempre te has llevado el dia.

Carlos.

Pues oye mi sentimiento.

Polilla.

¿Ello estás enamorado?

Carlos.

Si estoy.

Polilla.

Gran susto me has dado.

Carlos.

Pues escucha.

Polilla.

Vá de cuento.

Carlos.

Ya sabes como en Urgel
tuve antes de mi partida,
del amor del de Bearne,
y el de Fox, larga noticia.

De Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrías
voz á la fama, y asombro
á todas estas provincias.
El vèr de amor tan rendidos,
como la fama publíca,
dos principes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó á ver si esto en ellos
era por galantería,
gusto, opinion ó violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues en Barcelona,
vila en su palacio un dia,
sin susto del corazon,
ni admiracion de la vista;
vi una hermosura modesta,
con muchas señas de tibia;
mas sin defecto comun,
ni perfeccion peregrina
de aquellas en quien el juicio,
cuando las vemos queridas,
por la admiracion apela
al no se que, o á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
cuando al valor desafían
en públicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no pudo mi amor,
empeñó mi bizarría
ya en fiestas y ya en torneos,
y otras empresas debidas
al culto de la deidad,
á cuya soberanía,
sin el empeño de amor,

la obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,
que dejando deslucidas
sus acciones, salí siempre
corónado con las mias.
Y el vulgo con el suceso,
la corona merecida
por la suerte dió á mi frente.
por mérito, siendo dicha,
que cualquiera de los dos,
que en ella me competia,
la mereció mas que yo:
pero para conseguiria
tuve yo el faltar mi amor,
y no tener la codicia
con que ellos la deseaban:
y así por fuerza fue mia:
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se van siempre las venturas
á quien no las solicita.
Siendo pues mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquiva condicion,
que siendo mis bizarrias
dedicadas á su aplauso,
nunca me dejó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivez,
que en todos dejó la misma
admiracion que en mis ojos,
pues la estraña demasia

de su entereza pasaba
del decoro la medida,
y escediendo de recato,
tocaba ya en grosería,
que á las damas de tal nombre
puso el respeto dos líneas;
una es la desatencion,
y otra el favor; mas avisa
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada y medida,
que en una ni en otra tóque;
porque si de agradecida
adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
es ligereza; y si entera
mucho la planta retira
por no tocar el favor,
pisa la descortesia.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarría
á moverla, por lo menos,
á atencion, sino á caricia;
y éste deseo en las fiestas
me obligaba á repetirlas,
á buscar nuevos empeños
al valor y á la osadía.
Mas nunca pude sacar
de su condicion esquiva
mas, que mas causa á la queja,
y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir
si ella conmigo tenia
alguna aversion ó queja
mal fundada ó presumida;
y averigüé que Diana,

del discurso las primicias,
con las luces de su ingenio,
las dió á la filosofia.
De este estudio y la leccion
de las fábulas antiguas,
resultó un comun desprecio
de los hombres, unas iras
contra el orden natural
del amor, con quien fabrica
el mundo á su duracion
alcázares en que viva.
Tan estable en su opinion,
que dá con sentencia fija
el querer bien, por pasion
de las mugeres, indigna;
tanto que siendo heredera
de esta corona, y precisa
la obligacion de casarse,
la renuncia y desestima,
por no ver que haya quien triunfe
de su condicion altiva.
A su cuarto hace la selva
de Diana, y son las ninfas
sus damas, y en este estudio
las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
de las ninfas fugitivas
pinturas que persuaden
al desden: allí se mira
á Dafne huyendo de Apolo;
Anaxarte convertida
en piedra, por no querer;
Aretusa en fuentecilla,
que el tierno llanto de Alfeo
paga en lágrimas esquivas.

Y viendo el conde su padre,
que en este error se confirma
cada dia con mas fuerza,
que la razon no la obliga,
que sus ruegos no la ablandan,
y con tal furia se irrita
en hablándola de amor,
que teme que la encamina
á un furor desesperado;
que el medio mas blando elija
le aconseja su prudencia:
y á los príncipes convida,
para que haciendo por ella
fiestas y galanterías,
sin la persuasion ni el ruego,
la naturaleza misma
sea quien lidie con ella;
por si teniendo á la vista
aplausos y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su propio interes la vence,
ó la obligacion la inclina:
que en quien la razon no labra;
endurece la porfia
del persuadir, y no hay cosa
como dejar, á quien lidia,
con su misma sinrazon;
pues si ella mesma le guia
al error, en dando en él,
es fuerza quedar vencida:
porque no hay con el que á oscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño;
mejor luz que la caida.
Habiendo ya averiguado,

que esto en su opinion esquiva
era desprecio comun,
y no repugnancia mia,
claro está, que yo debiera
sosegarme en mí porfia;
y considerando bien
opinion tan esquisita,
primero que á sentimiento,
pudiera moverme á risa.
Pues para que se conozca
la vileza mas indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma,
que yo antes libre miraba
con tantas partes de tibia,
cuando la ví desdeñosa;
por lo imposible á la vista,
la que miraba comun,
me pareció peregrina.
¡O bajeza del deseo!
que aunque sea á la codicia
de mas precio lo que alcanza,
que lo que se le retira;
sólo por la privacion
de mas valor lo imagina,
y dá el precio á lo dificil,
que su mesmo sér le quita.
cada vez que la miraba,
mas bella me parecia,
yendo creciendo en mi pecho
este fuego tan aprisa,
que absorto de ver la llama,
á ver la causa volvia,
y hallaba que aquella nieve
de su desden muda y tibia,

producia en mi este incendio:
¡qué ejemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
el que en la ceniza fria
tiene ya su amor difunto:
¡qué engañado lo imagina!
¿Si amor se enciende de nieve,
quien se fia en la ceniza?
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba á mis fatigas:
¿traidor corazon, que es esto?
¿qué es esto aleves caricias?
¿La qué neutral no os agrada,
os parece bien esquiva?
¿La que vista no os suspende,
cuando es ingrata os admira?
¿Qué le añade à la hermosura
el rigor que la ilumina?
?Con el desden es hermosa
la que sin desdén fue tibia?
¿El desprecio no es injuria?
¿La que desprecia no irrita?
Pues la que no pudo afable,
¿por qué os arrastra enemiga?
La crueldad á la hermosura
el ser de deidad la quita;
¿pues qué para mí la ensalza,
lo que para sí la humilla?
Lo tirano se aborrece;
¿pues á mí cómo me obliga?
¿Qué es esto amor? ¿ es acaso
hermosa la tiranía?
No es posible, no; esto es falso:
no es este amor, ni hay quien diga,
que arrastrar pudo inhumana,

la que no movió divina.
¿Pues qué es esto? ¿esto no es fuego?
sí, que mi ardor lo acredita;
no, que el yelo no lo causa;
sí, que el pecho lo publica.
No puede ser, no es posible,
no, que la razon implica;
¿pues qué será? esto es deseo:
¿de qué? de mi muerte misma.
Yo mi mal querer no puedo:
¿pues qué será? una codicia
de aquello que se me aparta;
no, porque no lo querría
el corazon: ¿Esto es tema?
no, ¿pues alma, qué imaginas?
bageza es del pensamiento;
no es sino soberanía
de nuestra naturaleza,
cuya condicion altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira;
y habiendo visto, que hay pecho,
que á su halago no se rinda,
el dolor de este desden
le abrasa y le martiriza,
y produce un sentimiento,
con que á desear le obliga
vencer aquel imposible;
y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo,
y este deseo lastima,
parece efecto de amor,
porque apetece y aspira,
y no es sino sentimiento,
equivocado en caricia.

Esto la razon discurre:
mas la voluntad indigna,
toda la razon me arrastra,
y todo el valor me quita.
Sea amor ó sentimiento,
nieve, ardor, llama ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo,
á esta furia vengativa
de amor, contra la quietud
de mi libertad tranquila;
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soy de las iras
de mi dolor alimento,
mi pena se hace á sí misma,
porque mas que mi deseo,
es rayo que me fulmina:
aunque es tan digna la causa
el ser la razon indigna,
pues mi ciega voluntad
se lleva y se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desdén, la tiranía,
y muero mas que de amor,
de vér que á tanta desdicha,
quien no pudo como hermosa,
me arrastrase como esquiva.

Polilla.

Atento, señor, he estado,
y el suceso no me admira;
porque eso, señor, es cosa,
que sucede cada dia.
Mira, siendo yo muchacho,
habia en mi casa vendimia,

y por el suelo las uvas
nunca me daban codicia
Pasó este tiempo, y despues
colgaron en la cocína
las uvas para el invierno:
y yo viéndolas arriba,
rabiaba por comer de ellas
tanto, que trepando un dia;
por alcanzarlas, caí,
y me quebré una costilla:
este es el caso, él por él.

Carlos.

No el ser natural me alivia,
si es injusto el natural.

Polilla.

¿Dime, señor, ella mira
con mas cariño á otro?

Cárlos.

No.

Polilla.

¿Y ellos no la solicitan?

Carlos.

Todos vencerla pretenden.

Polilla.

Pues à que cae mas aprisa
apostaré.

Carlos.

¿Por qué causa?

Polilla.

Solo porque es tan esquiva.

Carlos.

¿Cómo ha de ser?

Polilla.

Verbi gracia:
¿Viste una breva en la cima

de una higuera, y los muchachos
que en alcanzarla porfian,
piedras la tiran á pares,
y aunque á algunas se resista,
al cabo de aporreada
con las piedras que la tiran,
viene á caer mas madura?
pues lo mismo aquí imagina.
Ella está tiesa, y muy alta,
tú tus pedradas la tiras,
los otros tiran las suyas:
luego, por mas que resista,
ha de venir á caer,
de una y otra á la porfia,
mas madura que una breva;
mas cuidado á la caida,
que el cogerla es lo que importa,
que ella caerá como hay viñas.

Carlos.

El conde su padre viene.

Polilla.

Acompañado se mira
del de Fox y el de Bearne.

Carlos.

Ninguno tiene noticia
del incendio de mi pecho,
porque mi silencio abriga
el áspid de mi dolor.

Polilla.

Esa es mayor valentia:
callar tu pasion mucho es,
vive Dios. ¿Porqué imaginas,
que llaman ciego á quien ama?

Carlos.

Porque sus yerros no mira.

Polilla.

No tal.

Carlos.

¿Pues por qué está ciego?

Polilla.

Porque el que ama al ciego imita.

Carlos.

¿En qué?

Polilla.

En cantar la pasion
por calles y por esquinas.

ESCENA II.

Dichos, el conde de Barcelona, el principe de Bearne y don Gaston conde de Fox.

Conde.

Príncipes, vuestro justo sentimiento,
mirado bien, no es vuestro, sino mio:
ningun remedio intento,
que no le venza el ciego desvarío
de Diana, en quien hallo
cada vez menos medios de enmendallo;
ni del poder de padre á usar me atrevo,
ni del de la razon, porque se irrita
tanto, cuando de amor á hablarla pruebo,
que á mas daño el furor la precipita:
ella, en fin, por no amar, ni sujetarse,
quiere morir primero que casarse.

Gaston.

Esa, señor, es opinion aguda
de su discurso á los estudios dado,
que el tiempo solo ó la razon lo muda,
y sin razon estás desesperado.

Conde.

Conde de Fox, aunque verdad es esa,
no me atrevo á empeñaros en la empresa;
de que asistais en vano á su hermosura,
faltando en vuestro estado á su asistencia.

Bearne.

Señor, con tu licencia,
el que es capricho injusto nunca dura;
y aunque el vencerle es muy dificultoso,
yo estoy, perdiendo tiempo, mas airoso,
ya que á este intento de Bearne vine,
que dejando la empresa mi constancia,
porque es mayor desaire que imagine
nadie que la dejé por inconstancia;
ni ese crédito es de su hermosura,
ni del honesto amor, que la procura.

Carlos.

El príncipe, señor, ha respondido
como galan, bizarro y caballero,
que aun en mi, que he venido
sin ese empeño, solo aventurero,
á festejar no haciendo competencia,
dejar de proseguir fuera indecencia.

Conde

Príncipes, lo que siento es empeñaros
en porfia, cuando halla la porfia
de mayor resistencia indicios claros:
si la gala, el valor, la bizarría
no la mueve, ni inclina, ¿con qué intento
vencer imaginais su entendimiento?

Polilla.

Señor, un necio á veces halla un medio,
que aprueba la razon; si dais licencia
yo me atreveré á daros un remedio
con que, aunque ella aborrezca su presencia,

se le vayan los ojos hechos fuentes,
tras cualquiera galan de los presentes.

Carlos.

¿Pues qué medio imaginas?

Polilla.

Como mio.
Hacer fiestas, torneos á una ingrata,
es poner ollas á quien tiene hastio:
el medio es, que rendirla no dilata,
poner en una torre á la princesa,
sin comer cuatro dias, ni vér mesa;
y luego han de pasar estos galanes
delante de ella, y envidando á escote;
el uno con seis pollas y dos panes,
el otro con un plato de gigote;
y á mi me lleve el diablo, si lo víere,
si tras ellos corriendo no saliere.

Carlos.

Calla, loco, bufon.

Polilla.

¿Esto es locura?
Ejecútese el medio, y á la prueba:
sitien luego por hambre su hermosur
y verán si los ojos no la lleva
quien sacáre un vestido de camino,
guarnecido de lonjas de tocino.

Bearne.

Señor, solo una cosa por mi pido,
que don Gaston tambien ha de querella:
nunca hablar á Diana hemos podido,
danos licencia tú de hablar con ella,
que el trato y la razon puede mudarla.

Conde.

Aunque la ha de negar, he de intentarla:
pensad vosotros medios y ocasiones

de mover su entereza, que á escucharos
yo la sabré obligar con mis razones,
que es cuanto puedo hacer para ayudaros
á la empresa tan justa y deseada,
de ver mi sucesion asegurada.

ESCENA III.

Dichos menos el Conde de Barcelona.

Bearne.
Conde, crédito es de la nobleza
de nuestra heróica sangre la porfia
de rendir el desden de su belleza:
juntos la hemos de hablar.

Carlos.
Yo compañía
al empeño os haré, mas no al deseo,
porque yo sin amor sigo este empleo.

Gaston.
Pues ya que vos no estais enamorado,
¿ qué medios seguiremos de obligalla ?
que esto lo ve mejor el descuidado.

Carlos.
Yo un medio sé que mi silencio calla;
porque otro empeño es, que al proponerle
cualquiera de los dos ha de quererle.

Bearne.
Decís bien.

Gaston.
Pues Bearne, vamos luego
á imaginar festejos y finezas.

Bearne.
A introducir en su desden el fuego.

Gaston.
Ríndanse á nuestro ingenio sus tibiezas.

Carlos.

Yo á eso asistiré.

Bearne.

Pues á esta gloria.

ESCENA IV.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.

Y que del mas feliz sea la victoria.

Polilla.

¿Pues qué es esto señor? ¿Porque has negado
tu amor?

Carlos.

He de seguir otro camino
de vencer su desden tan desusado:
ven y yo te diré lo que imagino,
que tú me has de ayudar.

Polilla.

Eso no hay duda.

Carlos.

Allá has de entrar.

Polilla.

Seré Simon, y ayuda.

Carlos.

¿Sabráste introducir?

Polilla.

Y hacer pesquisas.
¿Yo Polilla no soy? ¿eso previenes?
me sabré introducir en sus camisas.

Carlos.

Pues ya á mi amor le doy los parabienes.

Polilla.

Vamos, que si eso importa á las marañas,
yo sabré apolillarla las entrañas.

ESCENA IV.

Salon en el palacio del Conde de Barcelona.

DIANA, CINTIA, DAMAS Y MÚSICA.

Música.

Huyendo la hermosa Dafne,
burla de Apolo la fe,
sin duda la sigue un rayo,
pues la desiende un laurel.

Diana.

¡Qué bien que suena en mi oido
aquel honesto desden!
¡qué hay muger que quiera bien!
¡que haya pecho agradecido!

Cintia.

¡Que por error su agudeza
quiera el amor condenar!
¡y si lo es, quiera enmendar
lo que erró naturaleza!

Diana.

Ese romance cantad;
proseguid, que el que le hizo
bien conoció el falso hechizo
de esta tirana deidad.

Musica.

Poca, ó ninguna distancia
hay de amar á agradecer;
no agrdezca la que quiere
la victoria del desden.

Diana.

¡Qué bien dice! Amor es niño,
y no hay agradecimiento,
que al primer paso, aunque lento,
no tropiece en su cariño.

Agradecer, es pagar
con un decente favor,
luego quien paga el amor
ya estima el verse adorar.
Pues si estima agradecida
ser amada una muger,
¿qué falta para querer,
á quien quiere ser querida?

Cintia.

El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés:
la que agradecida es,
no se infiere que es liviana.
Que agradece la razon
siempre en nosotras se iufiere,
la voluntad es quien quiere,
distintas las cosas son:
luego si hay diversidad
en la causa, y el intento,
bien puede el entendimiento
obrar sin la voluntad.

Diana.

Que haber puede estimacion
sin amor, es la verdad;
porque amar es voluntad,
y agradecer es razon.
No digo, que ha de querer
por fuerza la que agradece;
pero, Cintia, me parece,
que está cerca de caer.
Y quien de esto se asegura,
no teme, ó no vé el engaño;
porque no recela el daño
quien al riesgo se aventura.

Cintia.

El ser desagradecida
es delito descortés.

Diana.

Pero el agradecer, es
peligro de la caida.

Cintia.

Yo el delito no permito.

Diana.

Ni yo un riesgo tan estraño.

Cintia.

Pues por escusar un daño,
¿es bien hacer un delito?

Diana.

Si, siendo tan contingente
el riesgo.

Cintia.

¿Pues no es menor,
si es contingente, este error,
que este delíto presente?

Diana.

No, que es mas culpa el amar,
que falta el no agradecer.

Cintia.

¿No es mejor, si puede ser,
el no querer y estimar?

Diana.

No; porque á querer se ha de ir.

Cintia.

¿Pues no puede allì parar?

Diana.

Quien no resiste á empezar,
no resiste á proseguir.

Cintia.

¿Pues el sér agradecida

no es mejor, si esto es ganancia,
y gastar esa constancia
en resistir la caida?

Diana.

No, que eso es introducirle
al amor; y al desecharle,
no basta para arrojarle
lo que puede resistirle.

Cintia.

Pues cuando eso haya de ser,
mas que á la atencion faltar,
me quiero yo aventurar
al peligro de querer.

Diana.

¿Qué es querer? ¿tú hablas asì,
ó atrevida, ó sin cuidado?
sin duda te has olvidado
que estás delante de mí.
¿Querer se ha de imaginar
en mi presencia? ¿querer?
Mas eso no puede ser:
Laura, volved á cantar.

Música.

No se fie en las caricias
de amor, quien niño le vé,
que con presencia de niño
tiene decretos de rey,

ESCENA V.

Los dichos y Polilla, vestido de médico gracioso.

Polilla.

Plegue al Cielo, que dé fuego
mi entrada.

Diana.

¿Quien entra aquì?

Polilla.

Ego.

Diana.

¿Quien?

Polilla.

Mihi, vel mi;
Scholasticus sum ego,
pauper, & enamoratus.

Diana.

¿Vos enamorado estais?
¿pues cómo aquí entrar osais?

Polilla.

No, señora, escarmentatus.

Diana.

¿Qué os escarmentó?

Polilla.

Amor ruin,
y escarmentado en su error,
me he hecho medico de amor,
por ir de ruin á rocin.

Diana.

¿De donde sois?

Polilla.

De un lugar.

Diana.

Fuerza es.

Polilla.

No he dicho poco;
que en latin lugar es loco.

Diana.

Ya os entiendo.

Polilla.

Pues andar.

Diana.

¿Y á que entrais?

Polilla.

La fama oí
de vos, con admiracion
de tan rara condicion.

Diana.

¿Donde supisteis de mí?

Polilla.

En Acapulco.

Diana.

¿Donde és?

Polilla.

Media legua de Tortosa;
y mi codicia ambiciosa
de saber curar despues
del mal de amor, sarna insana,
me trajo á veros por Dios:
por solo aprender de vos;
partíme luego á la Habana,
por venir á Barcelona,
y tomé postas allí.

Diana.

¿Postas en la Habana?

Polilla.

Si,
y me apée en Tarragona,
de donde vengo hasta aquí,
como hace fuerte el verano,
á pie á pediros la mano.

Diana.

¿Y qué os parece de mí?

Polilla.

Eso es fuerza que me aturda:
no tiene amor mejor flecha,

que vuestra mano derecha,
sino es que saqueis la zurda.

Diana.

Buen humor teneís.

Polilla.

Así:
¿gusta mi conversacion?

Diana.

Si.

Polilla.

Pues con una racion
os podeis artar de mí.

Diana.

Yo os la doy.

Polilla.

Beso.. ¡Qué error!
¿Beso dije? ya no beso.

Diana.

¿Pues porqué?

Polilla.

El beso es el queso
de los ratones de amor.

Diana.

Yo os admito.

Polilla.

Dios delante:
mas sea con plaza de honor.

Diana.

¿No sois médico?

Polilla.

Hablador,
y así seré practicante.

Diana.

¿Y del mal de amor, que mata,
como curais?

Polilla.

Al que es franco
curo con unguento blanco.

Diana.

¿Y sana?

Polilla.

Sí, porque es plata.

Diana.

¿Estais mal con él?

Polilla.

Su nombre
me mata. Llamó al amor
Averroes, hernia, un humor,
que hila las tripas á un hombre.
Amor, señora, es congoja,
traicion, tiranìa villana,
y solo el tiempo le sana,
suplicaciones, y aloja.
Amor es quita razon,
quita sueño, quita bien,
quita pelillos tambien,
que hará calvo á un motilon.
y las que él obliga á amar,
todas acaban en quita,
Francisquita, Mariquita,
por ser todas al quitar.

Diana.

Lo que yo habia menester
para mi divertimiento,
tengo en vos.

Polilla.

Con ese intento
vine yo desde Añover.

Diana.

¿Añover?

Polilla.

El me crió,
que en este lugar estraño
se vén melones cada año,
y así Añover se llamó.

Diana.

¿Cómo os llamais?

Polilla.

Caniquí.

Diana.

¿Caniquí? A vuestra venida
estoy muy agradecida.

Polilla.

Para las dueñas nací.
Ya yo tengo introducion: *ap.*
así en el mundo sucede,
lo que un príncipe no puede,
yo he logrado por bufon.
Si ahora no llega á rendilla
Carlos, sin maña se viene,
pues ya introducida tiene
en su pecho la polilla.

Laura.

Con los príncipes tu padre
viene, señora, acá dentro.

Diana.

¿Con los príncipes? ¿qué dices?
¡qué intenta mi padre, Cielos!
si es repetir la porfia
de que me case, primero
rendiré el cuello á un cuchillo.

Cintia.

¡Hay tal aborrecimiento
de los hombres! ¡Es posible,
Laura, que el brio, el aliento

del de Urgél no la arrebate!

Laura.

Que es hermafrodita, pienso.

Cintia.

A mì me lleva los ojos.

Laura.

Y á mì el Caniquí en secreto,
me ha llevado las narices;
que me agrada para lienzo.

ESCENA VI.

Los dichos y el Conde con los tres Príncipes.

Conde.

Príncipes, entrad conmigo.

Carlos.

Sin alma á sus ojos vengo: *ap.*
no sé si tendré valor
para fingir lo que intento:
siempre la hallo mas hermosa.

Diana.

¡Cielos! ¿qué puede ser esto? *ap.*

Conde.

Hija, Diana.

Diana.

Señor.

Conde.

Yo, que á tu decoro atiendo,
y á la deuda en que me ponen
los Condes con sus festejos,
habiendo de ellos sabido,
que del retiro que has hecho
de su vista, están quejosos...

Diana.

Señor, que me dés, te ruego,

licencia antes que prosigas,
ni tu palabra haga empeño
de cosa, que te esté mal,
de prevenirte mi intento.
Lo primero es, que contigo,
ni voluntad tener puedo,
ni la tengo, porque solo
mi alvedrío es tu precepto.
Lo segundo es, que el casarme,
señor, ha de ser lo mesmo,
que dar la garganta á un lazo,
y el corazon á un veneno.
Casarme y morir, es uno;
mas tu obediencia es primero
que mi vida: esto asentado,
venga ahora tu decreto.

Conde.

Hija, mal has presumido,
que yo casarte no intento,
sino dar satisfaccion
á los Príncipes, que han hecho
tantos festejos por tí:
y el mayor de todos ellos,
es pedirte por esposa,
siendo tan digno su aliento,
ya que no de tus favores,
de mis agradecimientos.
Y no habiendo de otorgarlo,
debe atender mi respeto
á que ninguno se vaya,
sospechando, que es desprecio,
sino aversion, que tu gusto
tiene con el casamiento.
Y tambien que esto no es
resistencia á mi precepto.

cuando yo no te lo mando,
porque el amor que te tengo,
me obliga á seguir tu gusto;
y pues tú en seguir tu intento,
ni á mí me desobedeces,
ni los desprecias á ellos;
dales la razon, que tiene
para esta opinion tu pecho,
que esto importa á tu decoro,
y acredita mi respeto.

ESCENA VII.

Los dichos menos el Conde.

Diana.

Si eso pretendeis no mas,
oid, que darosla quiero.

Gaston.

Solo á este intento venimos.

Bearne.

Y no estrañeis el deseo,
que mas estraña es en vos
la aversion al casamiento.

Cárlos

Yo, aunque á saberlo he venido,
solo ha sido con pretesto,
sin estrañar la opinion,
de saber el fundamento.

Diana.

Pues oid, que ya le digo.

Polilla.

Vive Dios, que es raro empeño:
¿si hallará razon bastante?
porque será bravo cuento
dar razon para ser loca.

Diana.

Desde aquel albor primero
con que amaneció al discurso
la luz de mi entendimiento,
y el dia de la razon,
fué de mi vida el empleo
el estudio y la leccion
de la historia, en quien dá el tiempo
escarmiento á los futuros,
con los pasados ejemplos.
Cuantas ruinas y destrozos,
tragedias y desconciertos
han sucedido en el mundo
entre ilustres y plebeyos,
todas nacieron de amor.
Cuanto los sábios supieron,
cuanto á la filosofia
moral liquidó el ingenio,
gastaron en prevenir
á los siglos venideros
el ciego error, la violencia,
el loco, el tirano imperio
de esa mentida deidad,
que se introduce en los pechos
con dulce voz de cariño,
siendo un volcan allá dentro.
¿Qué amante jamás al mundo
dió á entender de sus efectos,
sino lástimas, desdichas,
lágrimas, ansias, lamentos,
suspiros, quejas, sollozos;
sonando con triste estruendo
para lastimar las quejas,
para escarmentar los ecos?
Si alguno correspondido

se vió, paró en un despeño,
que al que no su tiranía,
le puso el poder del cielo;
pues si quien se casa vá
á amar por deuda y empeño,
¿cómo se puede casar
quien sabe de amor el riesgo?
Pues casarse sin amor
es dar causa sin efecto:
¿cómo puede ser esclava
quien no se ha rendido al dueño?
¿Puede hallar un corazon
mas indigno cautiverio,
que rendirle su alvedrío
quien no manda su deseo?
El obedecerle es deuda;
¿pues cómo vivirá un pecho
con una obediencia fuera
y una resistencia dentro?
Con amor, ó sin amor,
yo, en fin, casarme no puedo:
con amor porque es peligro,
sin amor, porque no quiero.

Bearne.

Dándome los dos licencia,
responderé á lo propuesto.

Gaston.

Por mi parte yo os la doy.

Carlos.

Yo, que responder no tengo,
pues la opinion que yo sigo
favorece aquel intento.

Bearne.

La mayor guerra, señora,
que hace el engaño al ingenio,

es estar siempre vestido
de aparentes argumentos,
Dejando las consecuencias,
que tiene amor contra ellos
(que en un discurso engañado
suelen ser de menos precio)
la esperiencia es la razon
mayor, que hay para venceros,
porque ella sola concluye
con la prueba del efecto.
Si vos os negais al trato,
siempre estareis en el yerro,
porque no cabe esperiencia
donde se escusa el empeño.
Vos vais contra la razon
natural; y el propio fuero
de nuestra naturaleza,
pervertís con el ingenio.
No negueis vos el oido
á las verdades del ruego;
porque si es razon no amar,
contra la razon no hay riesgo;
y si no es razon, es fuerza
que os ha de vencer el tiempo,
y entonces será victoria
publícar el vencimiento.
Vos defendeis el desdén,
todos vencerle queremos;
vos decís, que esto es razon;
permitios al festejo.
Haced escuela al desdén,
donde en nuestro galanteo,
los intentos de obligaros
han de ser los argumentos.
Veamos quien tiene razon,

porque ha de ser nuestro empeño
inclinaros al cariño,
ó quedar vencidos ellos.

Diana.

Pues para que conozcais,
que la opinion que yo llevo
es hija del desengaño,
y del error vuestro intento,
festejad, imaginad
cuantos caminos y medios
de obligar una hermosura
tiene amor, halla el ingenio;
que desde aquí me permito
á lisonjas y festejos,
con el oído y los ojos,
solo para convenceros
de que no puedo querer;
y que el desdén que yo tengo,
sín fomentarle el discurso
es natural en mi pecho.

Gaston.

Pues si argumento ha de ser
desde hoy nuestro galanteo,
todos vamos á arguir
contra el desdén y el despego.
Príncipes, de la razon,
y de amor es ya el empeño;
cada uno un medio elija
de seguir este argumento,
veamos para concluir,
quien elije mejor medio.

Bearne.

Yo voy á escoger el mio;
y de vos, señora, espero,
que habeis de ser contra vos

el mas agudo argumento.

ESCENA VIII.

Dichos menos don Gaston y el de Bearne.

Carlos.

Pues yo, señora, tambien
por deuda de caballero,
proseguiré en festejaros;
mas será sin ese intento.

Diana.

¿Pues porqué?

Carlos.

Porque yo sigo
la opinion de vuestro ingenio;
mas aunque es vuestra opinion,
la mia es con mas estremo.

Diana.

¿De qué suerte?

Carlos.

Yo, señora,
no solo querer no quiero,
mas ni quiero ser querido.

Diana.

¿Pues en ser querido hay riesgo?

Carlos.

No hay riesgo, pero hay delito:
no hay riesgo, porque mi pecho
tiene tan establecido
el no amar en ningun tiempo,
que si el cielo compusiera
una hermosura, de estremos,
y esta me amára, no hallára
correspondencia en mi afecto.
Hay delito, porque cuando

sé yo que querer no puedo,
amarme, y no amar, seria
faltar mi agradecimiento;
y así yo, ni ser querido,
ni querer, señora, quiero,
porque temo ser ingrato,
cuando sé yo, que he de serlo.

Diana.

¿Luego vos me festejais
sin amarme?

Carlos.

Eso es muy cierto.

Diana.

¿Pues para qué?

Carlos.

Por pagaros
la veneracion que os debo.

Diana.

¿Y eso no es amor?

Carlos

¿Amor?
no señora, esto es respeto.

Polilla.

Cuerpo de Cristo ¡qué lindo,
qué bravo boton de fuego!
Echala de ese vinagre,
y verás, para su tiempo,
qué bravo escabeche sale.

Diana.

¿Cintia, has oido á este necio?
¿No es graciosa su locura?

Cintia.

Soberbia es.

Diana.

¿No será bueno

enamorar á este loco?

Cintia.

Si, mas hay peligro en eso.

Diana.

¿De qué?

Cintia.

Que tú te enamores,
si no logras el empeño.

Diana.

Ahora eres tú mas necia:
¿ pues cómo puede ser eso?
¿ No me mueven los rendidos,
y ha de arrastrarme el soberbio?

Cintia.

Esto, señora, es aviso.

Diana.

Por eso he de hacer empeño
de rendir su vanidad.

Cintia.

Yo me holgaré mucho de ello.

Diana.

Proseguid la bizarría,
que yo ahora os lo agradezco
con mayor estimacion,
pues sin amor os la debo.

Carlos.

¿ Vos agradeceis, señora?

Diana.

Es porque con vos no hay riesgo.

Carlos.

Pues yo iré á empeñaros mas.

Diana.

Y yo voy á agradecerlo.

Carlos.

Pues mirad, que no querais,

porque cesaré en mi intento.

Diana.

No me costará cuidado.

Carlos.

Pues siendo así, yo lo acepto.

Diana.

Andad: venid Caniquí.

Carlos.

¿Qué decís?

Polilla.

Soy yo ese lienzo

Diana.

Cintia, rendido has de verle.

Cintia.

Si será, pero yo temo,
que te se trueque la suerte;
y eso es lo que yo deseo. *ap.*

Diana.

Mas oid.

Carlos.

¿Qué me quereis?

Diana.

Que si acaso os muda el tiempo...

Carlos.

¿A qué, señora?

Diana.

A querer.

Carlos.

¿Qué he de hacer?

Diana.

Sufrir desprecios.

Carlos.

?Y si en vos hubiese amor?

Diana.

Yo no querré.

Carlos.

Así lo creo.

Diana.

? Pues qué pedís ?

Carlos.

Por si acaso..

Diana.

Ese acaso está muy lejos.

Carlos.

¿ Y si llega ?

Diana.

No es posible.

Carlos.

Supongo.

Diana.

Yo lo prometo.

Carlos.

Eso pido.

Diana.

Bien está,
quede así.

Carlos.

Guardeos el Cielo.

Diana.

Aunque me cueste un cuidado,
he de rendir á este necio.

ESCENA IX.

CARLOS Y POLILLA.

Polilla.

Señor, buena vá la danza.

Carlos.

Polilla, yo estoy muriendo:
todo mi valor ha habido
menester mi fingimiento.

Polilla.

Señor, llévale adelante,
y verás si no dá fuego.

Carlos.

Eso importa.

Polilla.

Vén, señor,
que ya yo estoy acá dentro.

Carlos.

¿Cómo?

Polilla.

Con lo Caniquí
me he hecho ya lienzo casero.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Salon.

CARLOS Y POLILLA.

Carlos.
Polilla, amigo, el pesar
me quita; dale á mi amor
alivio.
Polilla.
A espacio, señor,
que hay mucho que confesar.
Carlos.
Dímelo todo, que lucha
con mi cuidado mi amor.
Polilla.
¿Quieres besarme, señor?
Apártate allá y escucha.
Lo primero, esos bobazos
de esos Príncipes, ya sabes,
que en fiestas y asuntos graves
se están haciendo pedazos.
Fiesta tras fiesta no tarda,
y con su desdén tirano,
hacer fiestas es en vano,
porque ella no se las guarda.
Ellos gastan su dinero,
sin que con ello la obliguen,

y de enamorarla siguen
el camino carretero.
Y ellos mismos son testigos
que ván mal; que esta muger
el alcanzarla ha de ser
echando por esos trigos.
Y es tán cierta esta opinion,
que con tu desdén fingido
de tal suerte la has herido,
que ha pedido confesion;
y con mi bellaquería
su pecho ha comunicado,
como ella me ha imaginado
Doctor de esta teología.
Para rendirte, un intento
siempre à preguntar me sale:
mira tú de quién se vale
para que se yerre el cuento.
Yo dije con gran mesura,
si eso en cuidado te tray,
para obligarle no hay
medio como tu hermosura.
Hazle un favor, golpe en bola,
de cuando en cuando al cuitado,
y en viéndole enamorado,
vuélvete y dile mamola.
Ella, de mi parecer,
se ha agradado de tal arte,
que ya está en galantearte:
mas ahora es menester,
que con ceño impenetrable,
aunque parezcas grosero,
siempre te estés mas entero,
que bolsa de miserable.
No te piques con la salsa,

no piense tu bobería,
que está la casa vacía,
por ver la cédula falsa:
porque ella la trae pegada,
y si tú vas á leella,
has de hallar que dice en ella,
aquí no se alquila nada.

Carlos.

¿Y de eso que ha de sacarse?

Polilla.

Que se pique esta muger.

Carlos.

¿Pues cómo puedes saber,
que ha de venir á picarse?

Polilla.

¿Cómo picarse? eso es bueno;
si ella lo finge diez dias,
y tu de ella te desvias,
te ha de querer al onceno;
á los doce ha de rabiar,
y á los trece me parece,
que aunque ella se esté en sus trece,
te ha de venir á rogar.

Carlos.

Yo pienso que dices bien;
mas yo temo de mi amor,
que si ella me hace un favor,
no sepa hacerla un desdén.

Polilla.

¡Qué mas dijera una niña!

Carlos.

¿Pues qué haré?

Polilla.

Mostrarte helado.

Carlos.

¿Como, si estoy abrasado?

Polilla.

Beber mucha garapiña.

Carlos.

Yo he de esforzar mi cuidado.

Polilla.

Ah, si, ¡pese á mi memoria!
que lo mejor de la historia
es lo que se me ha olvidado:
ya sabes que ahora son
carnestolendas.

Carlos.

¿Y pues?

Polilla.

Que en Barcelona uso es
de esta gallarda nacion,
que con fiestas se divierte,
llevar sin nota en su fama,
cada galan à su dama.
Esto en palacio es por suerte:
ellas eligen colores,
pide uno el galan que viene,
y la dama que le tiene,
vá con él, y á hacer favores
al galan el dia la empeña,
y él se obliga á ser iman;
y es gusto, porque hay galan,
que suele ir con una dueña.
Esto supuesto, Diana
contigo el ir ha dispuesto,
y no sé, por lograr esto,
como han puesto la pavana.
Ello está trazado ya;
mas ella sale: hacia allí

te esconde, no te halle aquí,
porque algo sospechará.

Carlos.

Persuade tú á su desvio,
que me enamore. *Se oculta.*

Polilla.

Es forzoso:
tu eres enfermo dichoso,
pues te cura el beber frio.

ESCENA II.

Los dichos, Diana y Cintia.

Diana.

Cintia, este medio he pensado
para rendirle à mi amor:
yo he de hacerle mas favor;
todas como os he mandado,
como yo, habeis de traer
cintas de todos colores,
con que al pedir los favores,
podreis cualquiera escoger
el galán que os pareciere;
pues cualquier color, que pida,
ya la teneis prevenida,
y la que el de Urgel pidiere
dejádmela para mi.

Cintia.

Gran victoria has de alcanzar,
si le sabes obligar
á quererte.

Diana.

¿Caniquì?

Polilla.

¡O luz de este firmamento!

Diana.

¿Qué hay de nuevo?

Polilla.

Me he hecho amigo
de Carlos.

Diana.

Mucho me obligo
de tu cuidado.

Polilla.

Así intento *ap.*
ser espia, y del Consejo:
no es mi prevencion muy vana,
que esto es echar la botana
por si se sale el pellejo.

Diana.

¿Y no has descubierto nada
de lo que yo de él procuro?

Polilla.

¡Ay señora! está mas duro,
que huevo para ensalada;
pero yo sé tretas bravas
con que has de hacerle bramar.

Diana.

Pues tú lo has de gobernar.

Polilla.

¡Ay pobreta, que te clavas! *ap.*

Diana.

Mil escudos te apercibo,
si tú su desdén allanas.

Polilla.

Si haré: el emplasto de ranas *ap.*
pone por madurativo.
¿Y si le vieses querer,
qué haras despues de tentarle?
¿Qué? ofenderle, despreciarle,

ajarle y darle á entender,
que ha de rendir sus sosiegos
á mis ojos por despojos.

Carlos.

¡Fuego de amor en tus ojos!

Polilla.

¡Qué gran gusto es vér dos juegos! *ap.*
¿Digo, y no sería mejor,
despues de ~~haberle~~ rendido, verle
tener piedad del caído?

Diana.

¿Qué llamas piedad?

Polilla.

De amor.

Diana.

¿Qué es amor?

Polilla.

Digo, querer,
así al modo de empezar,
que aquesto de pellizcar
no es lo mismo que comer.

Diana.

¿Qué es lo que dices? ¿querer?
¿yo me habia de rendir?
Aunque le viera morir
no me pudiera vencer.

Carlos.

¡Hay muger mas singular!
¡O cruel!

Polilla.

Déjame hacer,
que no solo ha de querer
vive Dios, sino envidar.

Carlos.

Yo salgo: el alma se abrasa.

Polilla.

Carlos viene.

Diana.

Disimula.

Polilla.

Lástima es que tome Bula. *ap.*
¡Si supiera lo que pasa!

Diana.

Cintia, avisa cuando es hora
de ir al sarao.

Cintia.

Ya he mandado
que estén con ese cuidado.

Carlos.

Y yo el primero, señora,
vengo, pues es deuda igual,
á cumplir mi obligacion.

Diana.

¿Pues como, sin aficion,
sois vos el mas puntual?

Carlos.

Como tengo el corazon
sin los cuidados de amar,
tiene el alma mas lugar
de cumplir su obligacion.

Polilla.

Hazle un favorcillo al vuelo,
por si mas grato le vés.

Diana.

Eso procuro.

Polilla.

Esto es *ap.*
hacerla escupir al Cielo.

Diana.

Mucho, no teniendo amor,

vuestra asistencia me obliga.

Carlos.

Si es mandarme que prosiga,
sin hacerme ése favor,
lo haré yo, porque obligada
á eso mi atencion está.

Diana.

Poca lumbre el favor dá.

Polilla.

Está la yesca mojada.

Diana.

¿Luego al favor que yo os hago,
no le dais estimacion?

Carlos.

Eso con veneracion,
mas no con amor lo pago.

Polilla.

Necio, ni aun así lo pagues.

Carlos.

¿Qué quieres? Templa mi ardor,
aunque es fingido, el favor.

Polilla.

Enjuágate no le tragues.

Diana.

¿Qué le has dicho?

Polilla.

Que al oillos
agradezca tus favores.

Diana.

Bien haces.

Polilla.

Esto es, señores, *ap.*
engañar á dos carrillos.

Diana.

Si yo á querer algun dia

me inclinase, fuera á vos.

Carlos.

¿Porqué?

Diana.

Porque entre los dos
hay oculta simpatía,
en llevar vos mi opinion,
en ser vos del genio mio;
y á sufrirlo mi alvedrio,
fuera á vos mi inclinacion.

Carlos.

Pues hicierais mal.

Diana.

No hiciera,
que sois galan.

Carlos.

No es por eso.

Diana.

¿Pues porqué?

Carlos,

Porque os confieso,
que yo no os correspondiera.

Diana.

Pues si os viérades amar
de una muger como yo,
¿no me quisiérades?

Carlos.

No.

Diana.

Claro sois.

Carlos.

No sé engañar.

Polilla.

¡O pecho heróico y valiente!
Dale por esos hijares:

si tú no se la pegares,
me la claven en la frente.

Diana.

Mucho al enojo me acerco:
tal desahogo no he visto.

Polilla.

Desvergüenza es, vive Cristo.

Diana.

¡Has visto tal?

Polilla.

Es un puerco.

Diana.

¿Qué haré?

Polilla.

Meterle en la danza
de amor, y á puro desdén
quemarle.

Diana.

Tú dices bien,
que esa es la mayor venganza.
Yo os tuve por mas discreto.

Carlos.

¿Pues qué he hecho contra razon?

Diana.

Eso es ya desatencion.

Carlos.

No ha sido sino respeto;
y porque veais que es error,
que haya en el mundo quien crea,
que el que quiere lisonjea,
oid de mí lo que es amor.
Amar, señora, es tener
inflamado el corazon
con un deseo de ver
á quien causa esta pasion,

que es la gloria del querer.
Los ojos que se agradaron
de algun sugeto que vieron,
al corazon trasladaron
las especies que cogieron,
y esta inflamacion causaron:
Su hidrópico ardor procura
apagar de sus antojos
la sed; y al ver la hermosura,
mas crece la calentura,
mientras mas beben los ojos.
Siendo esta fiebre mortal,
quien corresponde al amor,
bien se vé, que es desleal;
pues remedia el dolor,
dándole mas fuerza al mal.
Luego el que amado se viere
no obliga en corresponder,
si daña como se infiere:
pues oid como su querer
tampoco obliga el que quiere.
Quien ama con fé mas pura
pretende de su pasion
aliviar la pena dura
mirando aquella hermosura,
que adora su corazon.
El contento de miralla
le obliga al ansia de verla;
esto en rigor es amalla,
luego aquel gusto que halla
le obliga solo á quererla.
Y esto mejor se apercibe
del que aborrecido está;
pues aquel amando vive,
no por el gusto que dá,

sino por el que recibe.
Los que aborrecidos son
de la dama que apetecen,
no sienten la desazon
que les causa su pasion,
sino porque ellos padecen.
Luego, si por su tormento
el desdén siente quíen ama,
el que quiere mas atento
no quiere el bien de su dama,
sino su propio contento.
A su propia conveniencia
dirige amor su fatiga:
luego es clara consecuencia,
que ni con amor se obliga,
ní con su correspondencia.

Diana.

El amor es una union
de dos almas, que su ser
truecan por transformacion,
donde es fuerza que ha de haber
gusto, agrado y eleccion.
Luego si el gusto es despues
del agrado y la eleccion,
y esta voluntaria es,
ya le debe obligacion,
si no amante, de cortés.

Carlos.

Si vuestra razon infiere,
que es amar obligacion,
¿por qué os ofende el que quiere?

Diana.

Porque yo tendré razon
para lo que yo quisiere.

Carlos.

¿Y qué razon puede ser?

Diana.

Yo otra razon no prevengo
mas, que quererla tener.

Carlos.

Pues esa es la que yo tengo
para no corresponder.

Diana.

¿Y si acaso el tiempo os muestra
que vence vuestra porfia?

Carlos.

Siendo una la razon nuestra,
si se venciere la mia
no es muy segura la vuestra. (1)

Laura.

Señora, los instrumentos
ya de ser hora dan señas
de comenzar el sarao
para las carnestolendas.

Polilla.

Y ya los príncipes vienen.

Diana.

Tened todas advertencia
de prevenir los colores.

Polilla.

Ha señor, ¿estás alerta?

Carlos.

¡Ay Polilla, lo que finjo
toda una vida me cuesta!

Polilla.

Calla, que de enamorarla
te hartarás al ir con ella.

---

(1) *Suenan instrumentos.*

por la obligacion del dia.

Carlos.

Disimula, qué ya llegan.

ESCENA IV.

DICHOS, LOS PRÍNCIPES Y LOS MUSICOS CANTANDO.

Música

Venid los galanes
á elegir las damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.
Falarala, larala &c.

Bearne.

Dudoso vengo, señora;
pues teniendo poca estrélla,
vengo fiado en la suerte.

Gaston.

Aunque mi duda es la mesma
el elegir la color
me toca á mí, que el ser buena,
pues le toca á mi fortuna,
ella debe cuidar de ella.

Diana.

Púes sentaos, y cada uno
elija color, y sea
como es uso, previniendo
la razon para escogerla;
y la dama que le tiene,
salga con él, siendo deuda
el enamorarla en él,
y el favorecerle en ella.

Música.

Venid los galanes
á elegir las damas, &c.

Bearne.

Esta es accion de fortuna;
y ella, por ser loca y ciega,
siempre le dá lo mejor
á quien tiene menos prendas;
y por no tener ninguna
es forzoso que yo sea
quien tenga mas esperanza;
y asi, el escoger es fuerza
el color verde.

Cintia.

Si yo *ap.*
escojo de lo queda
despues de Carlos, yo elijo
al de Bearne. Yo soy vuestra
que tengo el verde: tomad *dásela.*
la cinta.

Bearne.

Corona sea
de mi suerte el favor vuestro;
que á no serlo, eleccion fuera (1)

Música.

Vivan los galanes
con sus esperanzas;
que para ser dichas
el tenerlas basta.
Falarala larala.

Gaston.

Yo nunca tuve esperanza,
sino envidia, pues cualquiera
debe mas favor que yo
á las luces de su estrella;

---

(1) *Dánzan una mudanza, ponense mascarillas retiranse á un lado, quedando en pie.*

y pues siempre estoy zeloso,
azul quiero.

Fenisa.

Yo soy vuestra,
que tengo el azul; tomad. *dásela.*

Gaston.

Mudar de color pudiera,
pues ya, señora, mi envidia
con tan buena suerte cesa. (1)

Música.

No cesan los zelos
por lograr la dicha,
pues los hay entonces
de los que la envidian.
Falarala, &c.

Polilla.

¿Y yo he de elegir color?

Diana.

Claro está.

Polilla.

Pues vaya fuera,
que ya salirme queria
á la cara la vergüenza.

Diana.

¿Qué color pides?

Polilla.

Yo tengo
hecho el buche á damas feas:
de suerte, que habrá de ser
muy mala la que me quepa.
De las damas, que aquì miro,
no hay ninguna que no sea
como una rosa, y pues yo

---

(1) *Danzan y retíranse.*

la he de hacer mala por fuerza;
por si ella es como una rosa,
yo la quiero rosa seca.
Rosa seca, sal acá:
¿quien la tiene?

Laura.

Yo soy vuestra,
quo tengo el color; tomad. *dásela.*

Polilla.

¿Yo aquí he de favorecerla,
y ella á mí ha de enamorarme?

Laura.

No, sino al reves.

Polilla.

Pues vuelta;
enamórame al reves.

Laura.

Que no ha de ser esto, bestia,
sino enamorarme tú.

Polilla.

¿Yo? Pues toda la manteca
hecha pringue en la sarten
á tu blancura no llége,
ni con tu pelo se iguala
la frisa de la bayeta,
ni dos ojos de jabon
mas que los tuyos blanquean,
ni siete bocas hermosas,
las unas tras otras puestas,
son tanto como la tuya:
y no hablo de pies, y piernas,
porque no hilo tan delgado;
que aunque yo con tu belleza
he caido, no he caido,

pues no cae el que no peca. (1)

Música.

Quien á rosas secas
su eleccion inclina,
tiene amor de rosas,
y temor de espinas: Falarala &c.

Carlos.

Yo á elegir quedo el postrero,
y ha sido por la violencia,
que me hace la obligacion
de haber de fingir finezas;
y pues ir contra el dictámen
del pecho, es enojo y pena,
para que lo signifique,
de los colores que quedan,
pido el color encarnado:
¿quién le tiene?

Diana.

Yo soy vuestra,
que tengo el nacar; tomad. *dásela.*

Carlos.

Si yo, señora, supiera
el acierto de mi suerte,
no tuviera por violencia
fingir amor, pues ahora
le debo tener de veras. (2)

Música.

Iras significa
el color de nacar,
¿el desden no es ira?
¿quien tiene iras ama?
Falarala, &c.

---

(1) *Danzan y retiránse.*
(2) *Danzan y retiranse.*

Polilla.

Ahora te puedes dar
un hartazgo de finezas,
como para quince dias;
mas no te ahites con ellas.

Diana.

Guie la música, pues,
á la plaza de las fiestas,
y ya galanes y damas
vayan cumpliendo la deuda.

Música.

Vayan los galanes
todos con sus damas,
que en carnestolendas
amor se disfraza.
Falarala, &c.

ESCENA V.

DIANA Y CARLOS.

Diana.

Yo he de rendir á este hombre, *ap.*
ó he de condenarme á necia.
¡Qué tibio galan haceis!
bien se vé en vuestra tibieza,
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,
no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

Conde.

Si yo hubiera de fingirlo
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está mas pronta la lengua.

Diana.

¿Luego estais enamorado
de mí?

Carlos.

Si no lo estuviera
no me atára este temor.

Diana.

¿Que decís, hablais de veras?

Carlos.

¿Pues si el alma lo publica
puede fingirlo la lengua?

Diana.

¿Pues no digisteis que vos
no podeis querer?

Carlos.

Eso era
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

Diana.

¿Qué flecha?

Carlos.

La de esta mano;
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia,
por el hilo, y por la caña,
al pescador pasma, y yela
el brazo con que la tiene;
á mi el alma me penetra
el dulce ardiente veneno,
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

Diana.

Albricias, ingenio mio, *ap.*

que ya rendí su soberbia:
ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.
¿Qué en fin, vos no imaginabais
querer, y quereis de veras?

Carlos.

Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

Diana.

Soltad, ¿qué decís? soltad. (1)
¡Yo favor! La pasion ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mi me pedís favor,
diciendo que amais de veras?

Carlos.

Cielos, yo me despeñé, *ap.*
pero válgame la enmienda.

Diana.

¿No os acordais de que os dije,
que en queriendome, era fuerza,
que sufrierais mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

Carlos.

¿Luego de veras hablais?

Diana.

¿Pues vos no quereis de veras?

Carlos.

¡Yo, señora! ¿Pues se pudo
trocar mi naturaleza?

---

(1) *Quitase la mascarilla Diana y sueltale l. mano.*

¿Yo querer de veras? ¿yo?
¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza le callára:
esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del dia.

Diana.

¿Qué me decís? Yo estoy muerta. *ap.*
¿Qué no es de veras? ¡Qué escucho! *ap.*
¿Pues como aquì á hablar acierta
mi vanidad de corrida?

Carlos.

¿Pues vos, siendo tan discreta,
no conoceis que es fingido?

Diana.

¿Pues aquello de la flecha,
del pez, del hilo, y la caña,
y el decir que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia?

Carlos.

Pues eso es fingirlo bien:
¿tan necio quereis que sea
que cuando á fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?

Diana.

!Qué es esto que me sucede! *ap.*
¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada;
mucho temo que lo entienda:
yo he de enamorar á este hombre,
si toda el alma me cuesta.

Carlos.

Mirad que esperan, señora.

Diana.

¡Qué á mi este error me suceda!
¿Pues como vos...?

Carlos.

¿Qué decís?

Diana.

¿Qué iba yo á hacer? ya estoy ciega: *a*
poneos la máscara, y vamos.

Carlos.

¿No ha sido mala la enmienda: *ap.*
así trata el rendimiento?
¡Ah cruel! ¡ah ingrata! ¡ah fiera!
yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

Diana.

Cierto, que sois muy discreto,
y lo fingis de manera,
que lo tuve por verdad.

Carlos.

Cortesanía fue vuestra
el fingiros engañada,
por favorecer con ella,
que con eso habeis cumplido
con vuestra naturaleza,
y la obligacion del dia;
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque á mi
me dais crédito con ella,
favoreceis el ingenio,
y despreciais la fineza.

Diana.

Bien agudo ha sido el modo *ap.*
de motejarme de necia:

mas así le he de engañar.
Venid, pues, y aunque yo sepa,
que es fingido, proseguid,
que eso á estimaros me empeña
con mas veras.

Carlos.

¿De qué suerte?

Diana.

Hace á mi desden mas fuerza
la discrecion, que el amor,
y me obligais mas con ella.

Carlos.

¡Quién no entendiese su intento! *ap.*
yo le volveré la flecha.

Diana.

¿No proseguís?

Carlos.

No señora.

Diana.

¿Por qué?

Carlos.

Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
de fingirme enamorado.

Diana.

¿Pues vos, qué perder pudierais
en tenerme á mí obligada
con vuestra atencion discreta?

Carlos.

Arriesgarme á ser querido.

Diana.

¿Pues tan mal os estuviera?

Carlos.

Señora, no está en mi mano;

y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

Diana.

¡Que esto escuche mi belleza! *ap.*
¿Pues vos presumis que yo
puedo quereros?

Carlos.

Vos mesma
decís, que la que agradece
está de querer muy cerca:
pues quien confiesa que estima
¿qué falta para que quiera?

Diana.

Menos falta para injuria
á vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiero escusar con dejaros:
Idos.

Carlos.

¿Pues cómo á la fiesta
quereis faltar? ¿puede ser
sin dar causa á otra sospecha?

Diana.

Ese riesgo á mí me toca:
decid, que estoy indispuesta,
que me ha dado un accidente.

Cárlos.

Luego con eso licencia
me dais para no asistir.

Diana.

Si os mando que os vais, no es fuerza?

Carlos.

Me habeis hecho un gran favor:
guarde Dios á vuestra Alteza. *vase.*

Diana.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algun medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgára el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprára la diligencia.

ESCENA VI.

DIANA Y POLILLA.

Polilla.

¿Qué es esto, señora mia?
¿cómo se ha aguado la fiesta?

Diana.

Hame dado un accidente.

Polilla.

Si es cosa de la cabeza,
dos parches de tacamaca,
y que te traigan las piernas.

Diana.

No tienen piernas las damas.

Polilla.

Pues por esta razon mesma
digo yo que te las traigan:
¿mas qué ha sido tu dolencia?

Diana.

Aprieto del corazon.

Polilla.

¡Jesus! pues si no es mas de ésa,
sángrate y púrgate luego:
y échate unas sanguijuelas,
dos docenas de ventosas,

y al instante estarás buena.

Diana.

Caniquí, yo estoy corrida
de no vencer la tibieza
de Carlos.

Polilla.

¿Pues eso dudas?
¿Quieres que por tí se pierda?

Diana.

¿Pues cómo se ha de perder?

Polilla.

Hazle que tome una renta.
¿Pero de veras hablando,
tú, señora, no deseas,
que se enamore de tí?

Diana.

Toda mi corona diera
por verle morir de amor.

Polilla.

¿Y es eso cariño, ó tema?
la verdad; ¿te entra el Carlillos?

Diana.

¿Qué es cariño? yo soy peña:
para abrasarle á desprecios,
á desaires y violencias,
lo deseo solo.

Polilla.

¡Zape!
aun está verde la breva;
mas ella madurará,
como hay muchachos y piedras.

Diana.

Yo sé, que él gusta de oir
cantar.

Polilla.

Mucho, como sea
la pasion, ó algun buen salmo
cantado con castañetas.

Diana.

¡Salmo! ¿qué decís?

Polilla.

Es cosa,
señora, que esto le eleva;
lo que es música de salmos
pierde su juicio por ella.

Diana.

Tú has de hacer por mí una cosa.

Polilla.

¿Qué?

Diana.

Abíerta hallarás la puerta
del jardin; yo con mis damas
estaré allí, y sin que él sepa
que es cuidado, cantaremos:
tú has de decir que le llevas
porque nos oiga cantar,
diciendo, que aunque le vean,
á tí te echarán la culpa.

Polilla.

Tú has pensado brava treta,
porque ~~en viéndote~~ cantar oyéndote
se ha de hacer una jalea.

Diana.

Pues vé á buscarle al momento.

Polilla.

Llevarele con cadena:
á oir cantar irá el otro
tras de un entierro; mas sea
buen tono.

Diana.

¿Qué te parece

Polilla.

Alguna cosa burlesca,
que tenga mucha alegría.

Diana

¿Cómo que?

Polilla.

Un requien eternam.

Diana.

Mira que voy al jardin.

Polilla.

Pues ponte como una Eva,
para que caiga este Adan.

Diana.

Allá espero.

ESCENA VII.

POLILLA Y DESPUES CARLOS.

Polilla.

Norabuena,
que tú has de ser la manzana,
y has de llevar la culebra.
Señores, ¡que estas locuras
ande haciendo una princesa!
¿Mas quien tiene la mayor,
qué mucho que esotras tenga?
porque las locuras son
como un plato de cerezas,
que tirando de la una,
las otras se ván tras ella.

Carlos.

¿Polilla, amigo?

Polilla

¡Carlos, bravo cuento!

Carlos.

¿Pues qué ha habido de nuevo?

Polilla.

Vencimiento.

Carlos.

¿Pues tú que has entendido?

Polilla.

Que para enamorarte, me ha pedído
que te lleve al jardin, donde has de bella,
mas hermosa y brillante que una estrella,
cantando con sus damas,
que como te imagina duro tanto,
ablandarte pretende con el canto.

Carlos

¿Eso hay? mucho lo estraño.

Polilla.

Mira si es liviandad de buen tamaño,
y si está ya harto ciega,
pues esto hace, y de mi á fiarlo llega.

Carlos.

Ya escucho el instrumento. (1)

Polilla.

Esta ya es tuya.

Carlos.

Calla, que canta ya.

Polilla.

Pues aleluya.

Música.

Olas eran de zafir
las del mar solo esta vez,

---

(1) *Tocan dentro.*

con el que siempre le aclamarán
los mares segundo Rey.

Polilla.

Vamos, señor.

Carlos.

¿Qué dices, que yo muero?

Polilla.

Deja eso á los pastores de la Arcadia,
y vámonos allá, que esto es primero.

Carlos.

¿Y qué he de hacer?

Polilla.

Entrar y no mirarla;
y divertirte con la copia bella
de flores, y aunque ella
se haga rajas cantando, no escucharla,
porque se abrase.

Carlos.

No podré emprenderlo.

Polilla.

¿Cómo no? Vive Cristo que has de hacerlo,
ó te tengo de dar con esta daga,
que traigo para eso, que esta llaga
se ha de curar con escozor.

Carlos.

No intentes
eso, que no es posible que lo allanes.

Polilla.

Señor, tu has de sufrir polvos de Juanes,
que toda el alma tienes ya podrida. *Músic*

Carlos.

Otra vez cantan; oye por tu vida.

Polilla

Pese á mi alma; vamos,
no en eso tiempo pierdas.

Carlos.

Atendamos,
que luego entrar podemos.

Polilla.

Allá desde mas cerca escucharemos.
Anda con Barrabás.

Carlos.

Oye primero.

Polilla.

Has de entrar, vive Dios.

Carlos.

Oye.

Polilla.

No quiero. (1)

ESCENA VIII.

DECORACION DE JARDIN.

Diana y todas las damas en guardapieses y justillos, cantando.

Música.

Olas eran de zafir.
las del mar solo esta vez,
con el que siempre le aclaman
los mares segundo Rey.

Diana.

¿No habeis visto entrar á Carlos?

Cintia.

No solo no le hemos visto,
mas ni aun de que venir pueda
en el jardin hay indicio.

Diana.

Laura, ten cuenta si viene.

(1) *Métele á empellones.*

Laura.

Ya yo señora lo miro.

Diana.

Aunque arriegue mi decoro
he de vencer sus desvios.

Laura.

Cierto, que estás tan hermosa,
que ha de faltarle el sentido
si te vé, y no se enamora;
mas señora, ya le he visto,
ya está en el jardin.

Diana.

¿Qué dices?

Laura.

Que con Caniquí ha venido.

Diana.

Pues volvamos á cantar,
y sentaos todas conmigo. (1)

ESCENA IX.

Polilla Carlos y dichas.

Polilla.

No te derritas, señor.

Carlos.

Polilla, ¿no es un prodigio
su belleza? en aquel trage
doméstico es un hechizo.

Polilla.

¡Qué bravas están las damas
en guardapiés y justillo!

Carlos.

¿Para qué son los adornos

---

(1) *Sientanse ahora todas.*

donde hay sin ellos tal brio?

Polilla.

Mira, estas son como el cardo,
que el hortelano, advertido,
le deja las pencas malas,
que aunque no son de servicio,
abultan para venderle;
pero despues de vendido
solo se come el cogollo:
pues las damas son lo mismo,
lo que se come es aquesto,
que el moño y el artificio
de las faldas son las pencas
que se echan á los borricos:
pero vuelve allá le cara,
no mires que vás perdido.

Carlos.

Polilla, no he de poder.

Polilla.

¿Que llamas no? Vive Cristo,
que he de meterte la daga
si vuelves. *Pónele la daga en la cara.*

Carlos.

Ya no la miro.

Polilla.

Pues la estás oyendo, engaña
los ojos con los oidos.

Carlos.

Pues vámonos alargando,
porque si canta, el no oirlo
no parezca que es cuidado,
sino divertirme el sitio.

Cintia.

Ya te escucha, cantar puedes.

Diana.

Asi vencerle imagino.

Canta.

El que solo de su abril
escogió mayo cortés,
por gala de su esperanza,
las flores de su desdén....

Diana.

? No ha vuelto á oir?

Laura.

No señora.

Diana.

¿Cómo no? ¿pues no me ha oido?

Cintia.

Puede ser, porque estás lejos.

Carlos.

En toda mi vida he visto
mas bien compuesto jardin.

Polilla.

Vaya de eso, que eso es lindo.

Diana.

Al jardin está mirando;
este hombre está sin sentido:
¿qué es esto? Cantemos todas,
para ver si vuelve á oirnos.

Cantan todas.

A tan dichoso favor
sirva tan florido mes,
por gloria de sus trofeos
rendido le bese el pie.

Carlos.

! Qué bien hecho está aquel cuadro
de sus armas! ¡qué pulido!

Polilla.

Harto mas pulido es eso.

Diana.

¡Qué esto escucho! ¡que esto miro!
Los cuadros está alabando
cuando yo canto!

Carlos.

No he visto
yedra mas bien enlazada:
¡qué hermoso verde!

Polilla.

Eso pido:
date en lo verde, que engordas.

Diana.

No me ha visto, ó no me ha oido;
Laura, al descuido le advierte,
que estoy yo aquí. *Levántase Laura.*

Cintia.

Este capricho
la ha de despeñar á amar.

Laura.

Carlos, estad advertido,
que está aquì dentro Diana.

Carlos.

Tiene aquí un famoso sitio:
los laureles están buenos;
pero entre aquellos jacintos
aquel pié de guindo afea.

Polilla.

¡O qué lindo pié de guindo!

Diana.

¿Ya se lo advertiste, Laura?

Laura,

Ya, señora, se lo he dicho.

Diana.

Ya no yerra de ignorancia;

¿pues cómo está divertido? (1)

Polilla.

Señor, por aquesta calle
pasa sin mirar.

Carlos.

Rendido
estoy á mi resistencia:
volver temo.

Polilla.

Tén, por Christo,
que te herirás con la daga.

Carlos

Ya no puedo mas, amigo.

Polilla.

Hombre, mira que te clavas.

Carlos.

¿Qué quieres? ya me he vencido.

Polilla.

Vuelve por esotro lado.

Carlos.

¿Por acá?

Polilla.

Por allá digo.

Diana.

¿No ha vuelto?

Laura,

Ni lo imagina.

Diana.

Yo no creo lo que miro:
vé tú al descuido, Fenisa,
y vuelve á dar el aviso. *Levántase Fenis*

---

(1) *Pasan por delante de ellas, llevándole Polill la daga junto á la cara porque no vuelva.*

Polilla.

Otro correo dispara,
mas no dán lumbre las tiros.

Fenisa.

¿Carlos?

Carlos.

¿Quién llama?

Polilla.

¿Quièn es?

Fenisa.

Ved, que Diana os ha visto.

Carlos.

Admirado de esta fuente,
en verla me he divertido,
y no habia visto á su Alteza:
decid, que ya me retiro.

Diana.

¡Cielos! sin duda se vá:
oid, escuchad, á vos digo. *Levántase.*

Carlos.

¿A mí, señora?

Diana.

Sí, á vos.

Carlos.

¿Qué mandais?

Diana.

¿Cómo, atrevido
habeis entrado aquí dentro;
sabiendo que en mi retiro
estaba yo con mis damas?

Carlos.

Señora, no os habia visto:
la hermosura del jardin
me llevó, perdon os pido.

Diana.

Esto es peor, que aun no dice,
que para escucharme vino. *ap.*
¿Pues no me oiste?

Carlos.

No señora.

Diana.

No es posible.

Carlos.

Un yerro ha sido,
que solo enmendarse puede
con no hacer mas el delito. *váse.*

Cintia.

Señora, este hombre es un tronco.

Diana.

Déjame, que sus desvios
el sentido han de quitarme.

Cintia.

Aquesto vá ya perdido; *ap.*
si ella no está enamorada
de Carlos, ya vá camino. *váse.*

Diana.

¡Cielos, qué es esto que veo!
un etna es cuanto respiro:
¡yo despreciada!

Polilla.

Eso sí,
pese á su alma, dé brincos.

Diana.

¿Caniquí?

Polilla.

¿Señora mia?

Diana.

¿Qué es esto? ¿Este hombre no vino
á escucharme?

Polilla.

Si señora.

Diana.

¿Pues cómo no ha vuelto á oírlo?

Polilla.

Señora, es loco de atar.

Diana.

¿Pues qué respondió, ó qué dijo?

Polilla.

Es vergüenza.

Diana.

Dilo pues.

Polilla.

Que cantabais como niños
de escuela, y que no queria
escucharos.

Diana.

¿Eso ha dicho?

Polilla.

Si señora.

Diana.

¡Hay tal desprecio!

Polilla.

Es un bobo.

Diana.

Estoy sin juicio.

Polilla.

No hagas caso.

Diana.

¡Estoy mortal!

Polilla.

Que es un bárbaro.

Diana.

Eso mismo
me ha de obligar á rendirle,

si muero por conseguirlo. *váse.*

Polilla.

Buena vá la danza, alcalde,
y dá en la albarda el granizo.



ACTO TERCERO.

Decoracion de salon.

ESCENA PRIMERA.

Carlos, Polilla, don Gaston y el de Bearne.

Gaston.

Carlos, nuestra amistad nos dá licencia
de valernos de vos para este intento.

Carlos.

Ya sabeis que es segura mi obediencia.

Bearne.

En fé de eso os consulto el pensamiento.

Polilla.

Vá de consulta, y salga la propuesta,
que todo lo demás es molimiento

Bearne.

Ya vos sabeis que no ha quedado fiesta,
fineza, ostentacion, galantería,
que no haya sido de los tres compuesta,
para vencer la justa antipatía,
que nos tiene Diana sin debella,
ni aun lo que debe dar la cortesía;
pues habiendo salido vos con ella,
la obligacion y el uso de la suerte,
por no favoreceros, atropella;
y la alegría del festin convierte
en queja de sus damas y en desprecio
de nosotros, si el término se advierte:
y de nuestro decoro haciendo aprecio,

mas que de nuestro amor, nos ha obligado
solamente á vencer su desdèn necio;
y el gusto quedará desempeñado
de los tres, si la viésemos vencida
de cualquiera de todos al cuidado.
Para esto, pues, traemos prevenida
yo y don Gaston la industria que os diremos,
que si á esta flecha no quedare herida,
no queda ya camino que intentemos.

Carlos.

¿Qué es la industria?

Gaston.

Que pues para estos dias
todos por suerte ya damas tenemos,
prosigamos en las galanterías
todos, sin hacer caso de Diana,
pues ella se escusó con sus porfias;
que si á ver llega su altivéz tirana,
por su desdén, su adoracion perdida,
si no de amante, se ha de herir de vana:
y en conociendo indicios de la herida,
nuestras finezas han de ser mayores,
hasta tenerla en su rigor vencida.

Polilla.

No es ese mal remedio; mas señores,
eso es lo mismo que á cualquier doliente
el quitarle la cena los doctores.

Bearne.

Pero si no es remedio suficiente,
cuando no alivie ó temple la dolencia,
sirve de que no crezca el accidente:
si á Diana la ofende la decencia
con que la festejamos, porfiarla
solo será crecer su resistencia.
Ya no queda mas medio que dejarla,

pues sí la ley, que dió naturaleza,
no falta en ella, así hemos de obligarla:
porque en viendo perdida la fineza
la dama, aun de aquel mismo que aborrece,
sentirlo es natural en la belleza,
que la veneracion de que carece,
aunque el gusto cansado la desprecia,
la vanidad del alma la apetece;
y si le falta lo que el alma aprecia,
aunque lo calle allá su sentimiento,
la estará á solas condenando é necia;
y cuando no se logre el pensamiento
de obligarla á querer, en que lo sienta
queda vengado bien nuestro tormento.

Carlos.

Lo que ofendido vuestro amor intenta,
por dos causas de mi queda aceptado;
una, el ser fuerza que ella lo consienta,
porque eso su desden nos ha mandado;
y otra que sin amor ese desvio
no me puede costar ningun cuidado.

Bearne.

Pues la palabra os tomo.

Carlos.

Yo la fio.

Bearne.

Y aun de Diana el nombre á nuestro labio
desde aquí le prohiba el alvedrio.

Gaston.

Ese contra el desden es medio sábio.

Carlos.

Digo, que de mi parte lo prometo.

Bearne.

Pues vos vereis vengado nuestro agravio.

Gaston.

Vamos, y aunque se ofenda su respeto,
en festejar las damas prosigamos
con mas finezas.

Carlos.

Yo el desvio aceto.

Bearne.

Pues si á un tiempo todos la dejamos,
cierto será el vencerla.

Carlos.

Así lo creo.

Bearne.

Vamos, pues, don Gaston.

Gaston.

Bearne, vamos.

Bearne.

Logrado habeis de ver nuestro deseo.

ESCENA II.

CARLOS Y POLILLA.

Polilla.

Señor, esta es brava traza,
y medida á tu deseo,
que esto es echarte el ojéo,
porque tu matés la caza.

Carlos.

Polilla, ¡muger terrible!
Que aun no quiera tan picada!

Polilla.

Señor, ella está abrasada,
mas rendirse no es posible:
ella te quiere, señor,
y dice que te aborrece;
mas lo que ira le parece,

es quinta esencia de amor:
porque cuando una muger
de los desdenes se agravia,
bien puede llamarlo rabia,
mas es rabia por querer.
Dia y noche está trazando
como vengar su congoja;
mas no temas que te coja,
que ella te dará bien blando.

Carlos.

¿Qué dice de mi?

Polilla.

Te acusa:
dice que eres un grosero,
desatento, majadero:
y yo, que entiendo la musa,
digo, señora, es un loco,
un sucio: y ella despues
vuelve por tí, y dice: no es,
que ni tanto, ni tampoco.
En fin, porque sus desvelos
no se logren, imagino,
que ahora toma otro camino,
y quiere picarte á zelos.
Conoce la ballestilla,
y si acaso te la echa,
disimula, y dí á la flecha,
riyendo: hagote cosquilla,
que ella te se vendrá al ruego.

Carlos.

¿Porqué?

Polilla.

Porque aunque se enoje
quien cuando siembra no coge,

va á pedir limosna luego:
eso es, señor, evidencia.
Lope, el fenix español,
de los ingenios el sol,
lo dijo en esta sentencia:
Quien tiene zelos, y ofende,
¿qué pretende?
la venganza de un desden;
¿y si no le sale bien?
vuelve á comprar lo que vende.
Mas ya los príncipes van
sus músicas previniendo.

Carlos.

Irme con ellos pretendo.

Polilla.

Con eso juego te dan.

Carlos.

Diana viene.

Polilla.

Pues cuidado
y escápate.

Carlos.

Voyme luego.

Polilla.

Vete, que si nos ve el juego,
perderemos lo embidado. *Cantan dentro.*

ESCENA III.

DIANA Y POLILLA,

Música.

Pastores, Cintia me mata,
Cintia es mi muerte, y mi vida,
yo de ver á Cintia vivo,
y muero por ver á Cintia.

Diana.

¡Tanta Cintia!

Flora.

Es el reclamo
del Bearnés.

Diana.

¡Finezas necias!

Polilla.

Todo esto es echar especias *ap.*
al guisado de mi amo.

Diana.

Por no ver estas contiendas
de que á sus damas alaben,
deseo ya que se acaben
aquestas carnestolendas.

Polilla.

Eso es ya rigor tirano:
deja, señora, querer,
sino quieres, que esto es ser
el perro del hortelano.

Diana.

¿Pues no es cosa muy cansada
oir músicas precisas
de Cíntias, Lauras, Fenisas,
cada instante?

Polilla.

Si te enfada
ver tu nombre en verso escrito,
¿qué han de hacer sino Cintiar,
Laurear y Fenisear?
que el Dianar es ya delito:
Y el Bearnés tan fino está
con Cintia, que está en su pecho,
que una gran décima ha hecho.

Diana.

¿Y cómo dice?

Polilla.

Allá vá:
Cintia el mandamiento quinto
quebró en mi, como saeta;
Cintia es la que á mi me aprieta,
y yo soy de Cintia el cintō.
Cintia, y cinta no es distinto;
y pues Cintia es semejante
á cinta, soy fino amante,
pues traigo cinta en la liga,
y esta décima la diga
Cintor el representante.

Diana.

Bien por cierto, mas ya suena
otra música.

Polilla.

Y galante.

Diana.

Esta será de otro amante.

Polilla.

Rebentando está de pena. *ap.*

Música.

No iguala á Fenisa el Fenix,
que si él muere, y resucita,
Fenisa dá vida, y mata:
mas que el Fenix es Fenisa.

Diana.

¡Finos están!

Polilla.

¡Jesus!
¡Es mucha cosa, y aun mi pecho...;
oye lo que á Laura he hecho!

Diana.

¿Tambien dás músicas?

Polilla.

Pues.
Laura, en rigor, es laurel;
y pues Laura á mi me plugo,
yo tengo de ser besugo,
por escabecharme en él.

Diana.

¿Y Carlos no me pudiera
dar música á mi tambien?

Polilla.

Si llegára á querer bien,
sin duda te se atreviera;
mas él no ama, y tú el concierto
de que te dejase hiciste,
con que al punto que dijiste,
id con Dios, vió el cielo abierto.

Diana.

Que lo dije así, confieso;
mas él porfiar debia,
que aquí es cortés la porfia,

Polilla.

¿Pues cómo puede ser eso,
si á las fiestas han de ir,
y es desprecio de su fama
no ir un galan con su dama,
y tú no quieres salir?

Diana.

¿Qué pudiera ser, no infieres,
que saliese yo con él?

Polilla.

Si señora; pero él
sabe poco de poderes.
Mas ya galanes y damas

á las fiestas van saliendo:
cierto, que es un mayo ver
las plumas de los sombreros.

Diana.

Todos vienen con sus damas,
y Carlos viene con ellos.

Pelilla.

Señores, si esta muger, *ap.*
viendo ahora este desprecio,
no se rinde á querer bien,
ha de ahorcarse como hay credo.

ESCENA IV.

LOS DICHOS, SALEN TODOS LOS GALANES CON SUS DAMAS Y ELLOS Y ELLAS CON SOMBREROS Y PLUMAS.

Música.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros,
dando plumas sus penachos
á sus harpones soberbios.

Bearne.

Príncipes, para picarla,
es este el mejor remedio.

Gaston.

Mostrarnos finos importa.

Carlos.

Mi fineza es el despego.

Bearne.

Cada instante, Cintia hermosa,
me olvido de que soy vuestro,
porque no creo á mi suerte
la dicha que la merezco.

Cintia.

Mas dudo yo, pues presumo,

que el ser tan fino es empeño
del dia, y no del amor.

Bearne.

Salir del dia deseo,
por venceros esa duda.

Gaston.

Y vos, si dudais lo mesmo,
vereis pasar mi fineza
á los mayores estremos,
cuando solo deuda sea
de la fé con que os venero.

Diana.

Nadie se acuerda de mí.

Polilla.

Yo por ninguno lo siento,
sino por aquel menguado
de Carlos, que es un soberbio:
¿tiene él algo mas que ser
muy galan, y muy discreto,
muy liberal y valiente,
y hacer muy famosos versos,
y ser un príncipe grande?
¿pues qué tenemos con eso?

Bearne.

Conde de Fox, no perdamos
tiempo para los festejos,
que tenemos prevenidos.

Gaston.

Tan feliz dia logremos.

Diana.

¡Qué tiernos ván!

Polilla.

Son menguados.

Diana.

¿Pues es malo el estar tiernos?

Polilla.

Sí, que es cosa de capones.

Bearne.

Proseguid el dulce acento,
que nuestra dicha celebra.

Carlos.

Yo seré imán de sus ecos. (1)

ESCENA V.

CARLOS, DIANA Y POLILLA.

Música.

A festejar sale amor
sus dichosos prisioneros, &c.

Diana.

¡Qué finos ván y qué graves!

Polilla.

¿Sabes que parecen estos?

Diana.

¿Qué?

Polilla.

Priores y Abadesas.

Diana.

Y Carlos se vá con ellos:
solo de él siento el desdén;
pero de abrasarle á zelos
es esta buena ocasion:
llámale tú.

Polilla.

Ah, caballero.

Carlos.

¿Quién me llama?

---

(1) *Vánse pasando por delante de Diana sin reparar en ella.*

Polilla.

Apropinquatio
ad parlandum.

Carlos.

¿Con quién?

Polilla.

Mecum.

Carlos.

¿Pues para eso me llamabas,
cuando vés que voy siguiendo
este acento, enamorado?

Diana.

¿Vos enamorado? bueno:
¿y de quién lo estais?

Carlos.

Señora,
tambien yo aquí dama llevo.

Diana.

¿Qué dama?

Carlos.

Mi libertad,
que es á quien yo galanteo.

Diana.

Cierto que me habia dado
gran susto. *ap*

Polilla.

Bueno vá eso: *ap.*
ya está mas allá de Illescas
para llegar á Toledo.

Diana.

¿La libertad es la dama?
buen gusto teneis por cierto.

Carlos.

En siendo gusto, señora,
no importa que no sea bueno,

que la voluntad no tiene
razon para su deseo.

Diana.

Pero ahí no hay voluntad.

Carlos.

Si hay tal.

Diana.

O yo no lo entiendo,
ó no la hay, que no se puede
dar voluntad sin sugeto.

Carlos.

El sugeto es el no amar,
y voluntad hay en esto,
pues si quiero nó querer,
ya quiero lo que no quiero.

Diana.

La negacion no dá ser,
que solo el entendimiento
le dá al ente de razon
un ser fingido y supuesto;
y así es esa voluntad,
pues sin causa no hay efecto.

Carlos.

Vos, señora, no sabeis
lo que es querer, y así en esto
será lisonja deciros
que ignorais el argumento.

Diana.

No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas;
pues sin la esperiencia de ellos
las vé la filosofia;
pero yo ahora lo entiendo
con esperiencia tambien.

Carlos.

¿Pues vos quereis?

Diana.

Lo deseo.

Polilla.

Cuidado que vá apuntando
la varita de los celos;
úntate muy bien las manos
con aceite de desprecios;
no te se pegue la liga.

Diana.

Si este tiene etendimiento *ap.*
se ha de abrasar, ó no es hombre.

Polilla.

Eso fuera á no estar hecho *ap.*
el defensivo, y pegado.

Carlos.

De oiros estoy suspenso.

Diana

Carlos, yo he reconocido
que la opinion que yo llevo,
es ir contra la razon,
contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duracion de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto á mi pensamiento
tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme,
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofístico argumento,
cuando ví, al abrir los ojos,
que la nube de aquel yerro

le habia quitado al alma
la luz del conocimiento.
El Príncipe de Bearne,
mirado sin pasion...

Polilla.

¿Zelos?
Al aceite, que traen liga.

Diana.

Es tan galan caballero,
que merece la atencion
mia, que harto lo encarezco:
por su sangre no hay ninguno
de mayor merecimiento;
sus partes no las iguala
el mas galan y discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,
lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

Carlos.

Polilla, aunque sea fingido,
vive Dios, que estoy muriendo.

Polilla.

Aceite, pese á mi alma,
aunque te manches con ello.

Diana.

Y así, Carlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
¿No os parece el de Bearne,

que será el mas digno dueño,
que dar puedo á mi corona?
que yo por el mas perfecto
le tengo de todos cuantos
me asisten. ¿Qué sentís de ello?
Parece que os demudais:
¿estrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida, *ap.*
que del semblante lo infiero:
todo el color ha perdido;
eso es lo que yo pretendo.

Polilla.

¡Ah señor!

Carlos.

Estoy sin alma.

Polilla.

Sacúdete, majadero,
que te se pega la liga.

Diana.

¿No me respondeis? ¿qué es eso?
¿pues de qué os habeis turbado?

Carlos.

Me he admirado por lo menos.

Diana.

¿De qué?

Carlos.

De que yo pensaba,
que no pudo hacer el cielo
dos sugetos tan iguales,
que estén á medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos;
y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso que estamos hechos
tan debajo de una causa,

que yo soy retrato vuestro.
¿Cuanto ha, señora, que vos
teneis ese pensamiento?

Diana.

Días ha que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

Carlos.

Pues aquese mismo tiempo
ha que estoy determinado
á querer, ello por ello:
y tambien mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro;
digo, que adorar deseo,
que cierto que lo merece.

Diana.

Sin duda logré mi intento:
pues bien podeis declararos,
que yo nada os he encubierto.

Carlos.

Sí señora, y aun hacer
vanidades del acierto:
Cintia es la dama.

Diana.

¿Quién, Cintia?

Polilla.

¡Ah buen hijo! como diestro,
herir por los mismos filos,
que esa es doctrina del negro.

Carlos.

¿No os parece, que he tenido
buena eleccion en mi empleo?
porque ni mas hermosura,
ni mejor entendimiento

jamas en muger he visto.
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, no hace dichosa
mi pasion? ¿Qué sentís de ello?
Parece que os he enojado.

Diana.

Toda me ha cubierto un yelo. *ap.*

Carlos

¿No respondeis?

Diana.

Me ha dejado
suspensa el veros tan ciego,
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno de esos estremos:
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta; y este es yerro
de la pasion.

Carlos.

¡Hay tal cosa!
hasta ahí nos parecemos.

Diana.

¿Por qué?

Carlos.

Porque á vos de Cintia
se os encubre el rostro bello,
y del de Bearne á mí
lo galan se me ha encubierto:
con que somos tan iguales,
que decimos mal á un tiempo,
yo, de lo que vos quereis,
y vos, de lo que yo quiero.

Diana.

Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo.

Carlos.

¡Malo es esto!

Polilla.

Encima viene la tuya,
no se te dé nada de eso.

Carlos.

Pues ya, con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado,
que el disfrazaros mi intento
fue temor que ya he perdido,
sabiendo que mi deseo,
en la ocasion, y el motivo,
es tan parecido al vuestro.

Diana.

¿Vais á verla?

Carlos.

Si señora.

Diana.

¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto cielos?

Polilla.

Pára largo, que la pierde.

Carlos.

A Dios, señora.

Diana.

Teneos,
aguardad: ¿por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido
á todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué díscursos, qué conceptos
os la han fingido descreta?
¿qué garbo tiene, qué aseo?

Polilla.

Cinco, seis y encaje; cuenta,
señor, que la vá perdiendo
hasta el codo.

Carlos.

¿Qué decís?

Diana.

Que ha sido mal gusto el vuestro.

Carlos.

¿Malo, señora? Allí vá
Cintia, miradla aun de lejos,
y vereis cuantas razones
dá su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello,
y sí es injusto que sea
yo el rendido, y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
como junta el rostro bello,
bebiendo luz á sus ojos
sol, luna, estrellas y cielo.
Y en sus dos soles mirad
si es digno, y dichoso el yerro,
que hace esclavos á los mios,
aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento lábio,
que fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho.
Aquel cuello de cristal,
que por ser de garza el cuello,
al cielo de su hermosura
osá llegar con el vuelo.
Aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo,

porque es él, mas delicado,
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,
pues solo ahora le veo,
y del pesar de mi engaño
me paso á loco, de ciego;
pues no he reparado aquí
en tan grande desacierto,
como alabar su hermosura
delante de vos; mas de esto
perdon os pido, y licencia
de ir á pedírsela luego
por esposa á vuestro padre,
ganando tambien á un tiempo
del príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro.

ESCENA VI.

Los dichos menos Carlos.

Diana.

¿Qué es esto dureza mia?
¡Un volcán tengo en mi pecho!
¿Qué llama es esta, que el alma
me abrasa? ¡Yo estoy ardiendo!

Polilla.

Alto, ya cayó la breva, *ap.*
y dió en la boca por yerro.

Diana.

¿Caniquí?

Polilla.

Señora mia,
¡hay tan grande atrevimiento!
¿por qué con él no envestiste,
y le arrancaste á este necio

todas las barbas á araños?

Diana.

Yo pierdo el entendimiento.

Polilla.

Pues pierde tambien las uñas.

Diana.

Caniquí este es un incendio.

Polilla.

Eso no es sino bramante.

Diana.

¡Yo arrastrada de un soberbio!
¡yo rendida de un desvío!
¡yo sin mí!

Polilla.

Señora, quedo,
que eso parece querer.

Diana.

¡Qué es querer!

Polilla

Serán torreznos.

Diana.

¿Qué dices?

Polilla.

Digo de amor.

Diana.

¿Cómo amor?

Polilla.

No sino huevos.

Diana.

¿Yo amor?

Polilla.

¿Pues qué sientes tú?

Diana.

Una rabia y un tormento:
no sé que mal es aqueste.

Polilla.

Venga el pulso y lo veremos:

Diana.

Dejame, no me enfurezcas,
que es tanto el furor que siento,
que aun á mi no me perdono.

Polilla.

¡Ay señora! vive el cielo,
que te se ponen azules
las venas, y es mal agüero.

Diana.

¿Pues de aqueso que se infiere?

Polilla.

Que es pujamiento de zelos.

Diana.

¿Qué decis, loco, villano,
atrevido, sin respeto?
¡Zelos yo! ¿qué es lo qué dices?
vete de aquí, vete luego.

Polilla.

Señora...

Diana.

Vete, atrevido,
ó haré que te arrojen luego
de una ventana.

Polilla.

Agua vá. *ap.*
Voyme, señora, al momento,
que no soy para vaciado.
¡Madre de Dios, cuál la dejo! *ap.*
Voyme, que donde hay puñal,
el Caniquí corre riesgo.

ESCENA VII.

DIANA.

¿Fuego en mi corazon? No, no lo creo:
siendo de mármol, ¿en mi pecho helado
pudo encenderse? No, miente el cuidado;
¿pero cómo lo dudo, si lo veo?
Yo deseo vencer por mi trofeo
un desden; pero si es quien me ha abrasado
fuego de amor, ¿qué mucho se haya entrado
donde abrieron las puertas al deseo?
De este peligro no advertí el indicio,
pues para echar el fuego en otra casa,
le encendí, y en la mia hizo su oficio.
No admire, pues, mi pecho lo que pasa,
que quien quiere encender un edificio,
suele ser el primero que se abrasa.

ESCENA VIII.

DIANA Y EL DUQUE DE BEARNE.

Bearne.

Gran victoria he conseguido,
si mi dicha es cierta ya;
pero aquí Diana está.
A vuestras plantas rendido,
señora, perdon os pido
de venir tan arrojado
con la nueva que me han dado,
que yo pienso, que aun es poco,
siendo vuestro, el venir loco
de un favor no imaginado.

Diana.

No os entiendo: ¿hablais conmigo?
¿Qué favor decis?

Bearne.

Señora,
el de Urgel me ha dicho ahora,
que de él ha sido testigo,
y que yo el laurel consigo
de ser vuestro.

Diana.

Necio fue,
si os dijo lo que no sé,
y vos si lo habeis creido.

Bearne.

Ya lo dudó mi sentido;
mas quien lo creyó es mi fé,
que como milagro fuera
de vos el tener piedad,
os negára el ser deidad,
si mi amor no lo creyera.
En el pecho que os venera,
haber mas fé es mas trofeo;
y pues fé ha sido el deseo
de imaginaros deidad,
perdonad mi necedad
por la fé con que lo creo.

Diana.

¿Pues no es mas atrevimiento
creeros digno de mi amor?

Bearne

No, que vos con el favor
podeis dar merecimiento;
y en esto mi pensamiento,
antes que en mí el merecer,
creyó de vos el poder.

Diana.

¿Y él os ha dicho ese error?

Bearne.

Si señora.

Diana.

Eso es peor, *ap.*
que lo que acaba de hacer,
porque supone estar yo
despreciada, y él amante;
pues al príncipe al instante
el aviso le llevó:
que él nunca lo hiciera, no,
si á mí me quisiera bien.
Amor, la furia detén;
pues ya mi pecho has postrado,
que en él este hombre ha labrado
el desdén con el desdén.

Bearne.

Señora, yo el modo erré
de aceptar vuestro favor,
y lo que fuera mejor,
enmendado el yerro, iré
á vuestro padre y diré
la gracia que os he debido;
y rogaré agradecido
que interceda mi pasion
por mi dicha, y el perdon
de haber andado atrevido.

ESCENA IX.

DIANA.

¿Qué es esto que me sucede?
yo me quemo, yo me abraso:
mas si es venganza de amor,
¿por qué su rigor estraño?
Esto es amor, porque el alma

me lleva el desdén de Carlos.
Aquel yelo me ha encendido,
que amor su deidad mostrando,
por castigar mi dureza
ha vuelto la nieve en rayos.
¿Pues qué he de hacer ¡ay de mi!
para enmendar este daño,
que en vano el pecho resiste?
El remedio es confesarlo.
¿Qué digo? ¿yo publicar
mi delito con el labio?
¿Yo decir que quiero bien?
Mas Cintia viene, el recato
de mi decoro me valga,
que tanto tormento paso
en el ardor que padezco,
como en haber de callarlo.

ESCENA X.

DIANA, CINTIA Y LAURA.

Cintia.

Laura, no creo mi dicha.

Laura.

Pues la tienes en la mano
lógrala, aunque no la creas.

Cintia.

Diana, el justo agasajo,
que por ser tu sangre, yo
te he debido, ahora aguardo,
que sea con tu favor
el que requiere mi estado.
Carlos, señora, me pide
por esposa, y en él gano
un logro para el deseo,

para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
pide, señora, mi mano;
solo tu favor me falta
para la dicha que aguardo.

Diana.

Esto es justicia de amor: *ap.*
¡uno tras otro el agravio!
¿no me doy ya por vencida?
¿qué mas quieres, Dios tirano?

Cintia.

¿No me respondes, señora?

Diana.

Estaba, Cintia, mirando
de qué modo es la fortuna
en sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
con dudas y sobresaltos,
diligencias y deseos,
por un bien imaginado:
solo porque le deseo,
huye de él y es tan ingrato,
que de otro que no le busca,
se vá á poner en la mano.
Yo de su desdén herida,
procuré rendir á Carlos:
obliguéle con favores,
hice finezas en vano.
Siempre en él hallé desvío,
y sin buscarle tu alhago,
lo que huyó de mí deseo,
se vá á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida,
y el favor que me has rogado
que te dé, te pide yo

para vengar ese agravio.
Llore Carlos tu desprecio,
sienta su pecho tirano
la llama de tu desvío,
pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia,
hállete su amor de marmol:
pene, suspire y padezca
en tu desdén, y llorando
sufra...

Cintia.

Señora, ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿por qné he de dar yo castigo
á quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadír
lo que tu estás condenando?
Si en él su desdén no es bueno,
tambien en mi será malo:
yo le quiero si él me quiere.

Diana.

¿Qué es quererle? ¿tú de Carlos
amada y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazon á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desdén helado,
trocados efecto y causa,
abrasa mi pecho á rayos?
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacára á Carlos del pecho,

donde á mi pesar ha entrado,
y para morir con él,
matára en mi su retrato.
¿Carlos casarse contigo
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?
¿Pero qué digo? ¡ay de mí! *ap.*
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado,
que si está loco mi pecho
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor
para hacer de uno dos daños.
Muera el corazon y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza. Cintia, amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si dá amor á tu descuido
lo que niega á mi cuidado,
cásate con él y logra
casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise vencerle,
y este fué un empeño vano
de mi altivéz, que ya veo
que fué locura intentarlo,
siendo accion de la fortuna;
pues como se vé en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no lo alcanzo,

no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógrala tú que la tienes,
dále de esposa la mano,
y triunfe tu corazon
de sus rendidos alhagos.
Enlace... ¿pero qué digo?
que me estoy atravesando
el corazon; no es posible
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
pues cuando lo mienta el lábio,
¿cómo he de encubrir el fuego,
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero; el delito
de mi desden me ha llevado
á éste mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado,
que es niño para las burlas,
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á tí te lo he confesado,
apesar de mi decoro;
porque tienes en tu mano
el triunfo, que yo deseo:

mira si habiendo pasado
por la afrenta de decirlo,
te estará bien el dejarlo:

ESCENA XI.

LOS DICHOS MENOS DIANA

Laura.
¡Jesus! el cuento del loco
él por él está pasando.
Cintia.
¿Qué dices, Laura, qué dices?
Laura.
Viendo prohibido el plato,
Diana se hartó de amor,
y del desden ha sanado.
Cintia.
¡Ay Laura! ¿pues qué he de hacer?
Laura.
¿Qué, señora? asegurarlo;
y al de Bearne que es fijo,
no soltarle de la mano
hasta ver en lo que para.
Cintia.
Calla, que aquí viene Carlos.

ESCENA XI.

LOS DICHOS, CARLOS Y POLILLA.

Polilla.
Las unciones del desprecio,
señor, la vida la han dado.
¡Gran cura hemos hecho en ella!
Carlos.
Si es cierto, gran triunfo alcanzo.

Polilla.

Haz cuenta que ya está sana,
porque que queda babeando.

Carlos.

¿Y has conocido que quiere?

Polilla.

¿Cómo querer? por san Pablo,
que me vine huyendo de ella;
porque la ví querer tanto,
que temí que echase el resto,
y me destruyese.

Cintia.

¿Carlos?

Carlos.

¿Cintia hermosa?

Cintia.

Vuestra dicha
logra ya triunfo mas alto,
que el que en mi mano pretende.
Vuestro descuido ha triunfado
del desdén que no ha vencido
en Diana el agasajo
de los príncipes-amantes:
ella os quiere, y yo me aparto
de mi esperanza por ella,
y por vos, si es vuestro el lauro.

Carlos.

¿Qué es lo qué decís, señora?

Cintia.

Que ella me lo ha confesado.

Polilla.

¡Toma si purga! Señor,
no hay en la botica emplasto
para las mugeres locas,
como un parche de mal trato;

mas aquí su padre viene
y los príncipes; al caso,
señor, y aunque esté rendida,
declárate con resguardo.

ESCENA XIII.

DICHOS, EL CONDE DE BARCELONA Y LOS PRÍNCIPES.

Conde.

Príncipe, vos me dais tan buena nueva,
que es justo que os la acepte; y aun os deba,
lo que á vuestra persona
pago en daros mi hija y mi corona.

Gaston.

Pues aunque yo, señor, no haya tenido
la dicha que Bearne ha conseguido,
siempre estaré contento
de que él haya logrado el vencimiento,
que tanto he deseado,
por la parte que debe á mi cuidado,
y el parabien le doy de este trofeo.

Carlos.

Y tambien le admitid de mi deseo.

Bearne.

Carlos, yo le recibo,
y el mio os apercibo,
pues en Cintia lograis tan digno dueño,
que envidiára el empeño,
á no lograr el mio.

ESCENA XIV.

LOS DICHOS Y DIANA AL PAÑO.

Diana.

¿Donde me lleva el loco desvario

de mi pasion? ¡Yo estoy muriendo, cielos!
de envidias, y de zelos!
Mas los príncipes todos se han juntado,
y mi padre con ellos:
sín alma llego á vellos;
pues si su fin no alcanza,
yo tengo de morir con mi esperanza.

Conde.

Carlos, pues vos pedís á mi sobrina,
yo, pagando el deseo que os inclina,
os ofrezco su mano;
y pues tanto sosiego en esto gano,
háganse juntas todas
las bodas de Diana, y vuestras bodas.

Diana.

¡Cielos! ya estoy mi muerte imaginando.

Polilla.

Señor, Diana allí te está escuchando,
y has menester un modo muy discreto
de declararte, porque tenga efecto;
que vá con condiciones el partido,
y si yerras el cabe, vas perdido.

Carlos.

Yo, señor, á Barcelona
vine, mas que á pretender,
á festejar de Diana
la hermosura y el desden:
y aunque es verdad, que de Cintia
el hermoso rosicler
amaneció en mi deseo,
á la luz del querer bien,
la entereza de Diana,
que tan de mi genio fue,
ha ganado en mi alvedrio
tanto imperio, que no haré

cosa, que no sea su gusto;
porque la hermosa altivez
de su desden me ha obligado
á que yo viva con él:
y puesto que haya pedido
mi amor á Cintia, ha de ser
siendo así su voluntad,
pues la suya mia es.

Conde.

¿Pues quien duda, que Diana
de eso muy contenta esté?

Polilla

Eso lo dirá su alteza,
por hacerme á mi merced.

Diana.

Si diré; pero señor,
¿vos contento no estareis,
si yo me caso, que sea
con cualquiera de los tres?

Conde.

Si, que todos son iguales.

Diana.

¿Y vosotros quedareis
de mi eleccion ofendidos?

Bearne.

Tu gusto, señora, es ley.

Gaston.

Y todos la obedecemos.

Diana.

Pues el príncipe ha de ser
quien dé á mi prima la mano,
y quien á mí me la dé,
el que vencer ha sabido
el desdén con el desdén.

Carlos.

¿Y quien es ese?

Diana.

Tú solo.

Carlos.

Dáme ya los brazos, pues.

Polilla.

Y mi bendicion os caiga,
por siempre jamas amen.

Bearne.

Pues esta, Cintia, es mi mano.

Cintia.

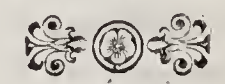
Contenta quedo tambien.

Laura.

Pues tú, Caniqui, eres mio.

Polilla.

Sacúdanse todos bien,
que no soy sino Polilla;
mamola, vuesa merced.
Y con esto, y con un victor,
que pide humilde y cortes
el ingenio, aquí se acaba
el Desdén con el Desdén.



El Desdén con el Desdén.

..l mérito de esta comedia es tan conocido, que eñ
..no pretenderiamos añadir algo á su celebridad. Di-
..ilmente se hallará otra, ni nacional, ni estrangera,
..e reuna tantos requisitos admirables, y que se acer-
..e en igual grado á la perfeccion. Si la consideramos
.. sí misma, pertenece al género mas apreciable y di-
..il de todos, á la comedia de caracter; la cual, pres-
..ndiendo del corto número de modelos verdaderamen-
.. distintos que nos presenta la naturaleza, requiere
.. mayor fuerza de invencion para sostenerse y anì-
..ar toda la fábula, sin mendigar auxilios estraños,
.. decaer del interes. Si atendemos á la egecucion, ape-
..s podemos hacer otra cosa que aprobar y admirar
..do, complaciéndonos de paso en ver, con qué facili-
..d dá de sí un pensamiento feliz todas las bellezas
..e puede apetecer el arte; qué naturalmente se pres-
.. á las reglas mas severas; y como lleva, por decir-
.. así, de la mano al poeta, cuando este verdadera-
..ente lo es. Hasta los vicios inherentes á la comedia,
..mo son, el de reducirnos á una esfera limitada y
..ezquina, y el de fomentar la malignidad, desapare-
..n en esta obra maestra de nuestro Moreto. Si algu-
..s autores la hubieran podido tener presente, nó
..ocarían la comedia juntamente con la sátira en
.. últimas clases de la poesía. La creacion del Des-
..n con el Desdén, apesar de la bellísima sencillez de
.. argumento, corresponde como la Epopeya y la Tra-
..dia al órden ideal; por la calidad de las personas
..troducidas en ella; por el lenguage que usan; por
..s costumbres que se pintan, y por las situaciones,
..cidentes y adornos que forman la fábula. Quiere de-
..r que reune los dos géneros preferibles á todos, la

comedia noble y la ideal. Ni aun contra la censura qu
egerce, puede formar la benevolencia ninguna obje-
cion. En efecto, no se trata de divertirnos á costa d
un ente despreciable ú odioso, cuyo corazon está do
minado por un vicio incorregible de un avaro, d
un hipócrita, de un adulador maligno: se trata de en
mendar un defecto natural, pero hijo de la inespe
riencia juvenil, defecto que no nos indispone con
tra los que le tienen, porque puede combinarse co
las mejores prendas; y porque sabemos que tarde
temprano ha de desaparecer. De aquí nace un inter
derramado en toda la fábula, que, aunque distinto d
Epico y del Trágico, puesto que los personages no cor
ren ningun peligro, conmueve y aficiona á los especta
dores, y produce aquel placer delicado que no es capa
de causar lo que solo habla con el entendimiento,
jamas con el corazon.

Si despues de considerar el argumento del Desdé
con el Desdén bajo un punto de vista general y elev
do, descendémos á las bellezas de egecucion que ofr
ce en todas sus partes, ¡cuanto nos queda todavía qu
admirar! ¡Qué deleite no causa la perfeccion con qu
se va manifestando el carácter de Diana y los pro
gresos de la pasion, á la cual debe en fin su deseng
ño y felicidad! ¡Con qué ansia no se espera el de
enlaze, á pesar de ser necesariamente previsto, p
el interes que tomamos en la suerte de los dos aman
tes, y el deseo de ver por nuestros mismos ojos q
está asegurada! ¡Cuanta gracia, qué gran caudal
fuerza cómica presentan las situaciones, y el pers
nage de Polilla, que por sí solo produciria una bu
na comedia, y que tanto influye en esta, apesar
su baja condicion! Por último, ¡qué unidad, q
buen gusto no resplandece en toda la composicio
en los medios de que se vale el poeta para teger su f

a! ¡Qué bien campea en los personages el ingenio
ado de la pasion; el decoro á la par de la natu-
dad.

Faltaba á la gloria del Desdén con el Desdén que
ran Moliere la imitára servilmente, y, digámoslo
rodeos, que la estropease. Al entablar esta acusa-
. contra uno de los mayores genios que han ilus-
lo la literatura, no pretendemos apartarnos del
eto y admiracion que se le debe como poeta y mo-
sta: peleamos únicamente en defensa de la verdad
el honor nacional; y esta será nuestra escusa si
o nos equivocamos.

Moliere hizo del Desdén con el Desdén una prin-
de Elide; y aunque el espectáculo de tres prínci-
que abandonan sus estados para ir á conquistar
razon de una beldad orgullosa, no disuena ima-
do en los siglos fabulosos de la Grecia: sin em-
go, es mucho mas análogo á los tiempos caballe-
os en que le supuso Moreto; y la fiesta de los
os que siempre se hacía en honra de una divini-
, suple mal por las fiestas y torneos, que se
raban para obsequiar á las damas en nuestra
a heróica. Aumenta esta inverosimilitud el len-
ge de los amantes, que en la Grecia siempre fue
ural y sencillo, y en la comedia de Moliere, lo mis-
que en la de Moreto, es galante y afectado. No
ieramos dejarnos llevar de la preocupacion; pe-
os parece que la frase siguiente, traducida con to-
egalidad de la princesa de Elide, puede correr pa-
; con lo del pez, el hilo y la caña del Desdén con
esdén.

"La princesa hizo resplandecer entonces una dis-
cion enteramente divina; y sus amorosos pies
alaban sobre la esmaltada alfombra de un tierno
ped unos caractéres tan agradables, que me sa-

»caban fuera de mi mismo, y me encadenaban co
»nudos invencibles á los movimientos suaves y exa
»tos, con que todo su cuerpo se arreglaba á los mov
»mientos de la harmonía

No es este el único egemplo que se pudiera cit
El tono del príncipe de Itaca, es frecuentemente
de la galantería empalagosa; y en general Moli
conservó en su comedia todos los lunares que se p
dian suponer en la pieza española. En efecto, el pri
cipe de Itaca, y los de Mesenia y Pilos, son tres
tes tan nulos como el conde de Barcelona, el de
y el príncipe de Bearne; y hacen un papel tan po
airoso en la imitacion como en el original. Sin em
bargo, no nos atrevemos á vituperar esto como
defecto; porque tal vez si se les diera mas varied
los caractéres, y mas parte en la accion perjudic
al interes principal. Advertiremos de paso á los pa
tidarios de las reglas matemáticas en materia de p
sía, que Moliere tampoco se quiso sujetar á la de
veinte y cuatro horas; y que su fábula supone u
duracion tan larga como la de Moreto.

Aquel no pudo emplear en su obra el tiempo
cesario, ni estender como deseaba algunas escenas
en esta parte se le debe disculpar. No es tan fácil
cerlo, en haber introducido un personage tan in
y fastidioso como el ayo del príncipe de Itaca;
haber dado un apellido, al paracer andaluz, al
de la princesa, colocando á Moron entre Eur
Aristómenes; en haber añadido una escena de ca
la que el buen Moron degenera en payaso:
todo en haber suprimido las mejores de la com
que son las del jardin y la máscara. En general
está debilitado y achicado, y rara vez se per
alma del autor del Misántropo.

Hemos creido descubrir algunas faltas en Moli

ro esto no impide que sea el primer poeta cómico
mundo. Aun cuando en las demas naciones haya
bido genios tan capaces como él de ridiculizar los
cios, bien sea que no se han dedicado esclusivamente
este objeto; ó bien que no han sabido contenerse
los límites que prescribe la moderacion y el buen
sto, lo cierto es que se han quedado inferiores al
tor frances. No debe, pues, atribuirse lo que he-
os dicho acerca de este, al deseo de rebajar su mé-
o; ninguno le conoce mejor que nosotros, ni le con-
sa mas franca y gustosamente. Volvamos al Desdén
n el Desdén.

La idea de presentar en la escena una beldad or-
llosa, que se resiste à los obsequios de sus aman-
, y se rinde á los desdenes ó los zelos, no es nuevo
nuestros autores. Antes de Moreto se hallan bastan-
s comedias fundadas en una suposicion parecida; en-
e ellas varias de Lope, y singularmente la de la Her-
osa fea, y la de los Milagros del desprecio. Esta úl-
ma es el verdadero original del Desdén con el Des-
én; pues en ella se vé pintado el carácter de una
uger enemiga del amor por principios, que ha pre-
do su corazon contra todos los halagos y seduccio-
es de los hombres; pero que le ha dejado sin de-
contra las armas del desprecio. No la compa-
mos ahora con la del Desdén con el Desdén, por-
nos proponemos insertarla en el cuaderno inme-
ato.